

Como en otras ocasiones, hemos querido completar este número de nuestra revista con una encuesta que ha sido remitida a un amplísimo número de personas y de las que hemos recibido abun-

dantes respuestas. Nuestras preguntas han sido generales, con el fin de no encerrar en fórmulas que pudieran coartar la expresión de los puntos de vista de nuestros encuestados:

Cuestionario

1.

¿Cuál cree que ha sido la aportación peculiar de Cataluña a la vida española en el pasado?

2.

¿Cómo ve el presente y el futuro inmediato de Cataluña? ¿Qué papel ha de desempeñar respecto al resto de España?

José María Alfaro

(Embajador de España)

1.

Si pensamos que una nación es una realidad viva, en movimiento, dentro de específicos encuadres históricos y geográficos, en cuya conformación cuenta el pasado de manera determinante, la primera aportación de Cataluña —descontando la política— a la vertebración española, es la cultural. No circunscrita, como creen muchos catalanes, al enriquecimiento indudable que significa el hecho de la lengua, decisivo sin duda alguna; sino asimismo a los diferenciados estilos, tanto populares como ilustrados, de entender y enfrentar a la existencia.

Otra aportación catalana de gran trascendencia y es-

casamente señalada, fue la de la conciencia histórica —en sus vertientes literaria, mercantil, política, artística, etc.— del Mediterráneo a la sensibilidad hispana. No sólo como estimulante espacio geográfico, el más ilustre en la formación y desarrollo de lo que llamamos civilización occidental, sino como caudal hereditario de cuanto significó «el mar de Ulises». Cataluña absorbió sus enseñanzas y vivió sus aventuras, asimilándolas y destilándolas en el saber, andanzas y mitologías peninsulares. El sentido clásico del vivir catalán, desde sus costumbres e instituciones hasta la vid y el olivo, no se limita a una especie de arqueología sentimental y nostálgica, con un ojo vuelto en éxtasis hacia las raíces vernáculas.

La vivacidad afanosa del pueblo catalán ha contribuido con variados acarreo y iluminaciones, a veces

muy precisos y tangibles, al desigual proceso de la modernización española. En días cruciales y sombríos, necesitados de coraje é imaginación —incluso fantasía—, los sueños y las realizaciones de la empresa industrializadora denotaban en buena parte de los casos, el acento catalán. El fenómeno de la «renaixença» —de tan obvios contenidos y alcances románticos— va a repercutir, desde su enunciación lírica, en el complejo entramado de la sociedad catalana.

De tal modo se hicieron sentir estas actitudes y actividades, que en la tipología peninsular, casi como un estereotipo, el catalán pasó a encarnar la figura del hombre trabajador, diligente e industrioso. Imponiéndose esta imagen hasta tal punto que el asendereado viajante catalán —«el negocio es el negocio», "co- rriendo pueblos y ciudades

con el muestrario a cuestas, llegó a subir a los escenarios, como personaje característico y cariñosamente acogido de nuestros sañetes populares.

2.

Basta con caminar un poco por Cataluña —no sólo por Barcelona— para contestar a la primera pregunta de este segundo apartado. Aparte los planes y trajines suscitados para la Olimpiada a la vista, el dinamismo sin desmelenamiento, propio de las zonas más consecuentes y maduras de la población catalana, se advierte en los más distintos lugares y ocupaciones. Como en el dilatado y no siempre fácil quehacer de su historia milenaria, los catalanes —orgullosos de serlo— se desviven una vez más por dar su medida. Cataluña es un hervidero prometedor, sobre cuya noble tierra no pocos proyectos ilusionados van cuajando en tangibles realizaciones.

Quizás el papel más importante que a Cataluña le incumbiría «desempeñar respecto al resto de España» —si consigue que no se desencadenen en ella los hostigados demonios de la in-solidaridad— habría de ser el de contrabalanceador de demagogias y prepotencias, de desbarajustes e improvisaciones. A sus virtudes administrativas y ordenadoras, les corresponde potenciarse hasta constituir un auténtico y espoleado ejemplo. Casi un antídoto —verbigracia— contra el despilfarro y la picaresca.

Resumiendo, que Cataluña se empeñe en inyectar

unas cuantas dosis de su proverbial «seny», en el rompecabezas del Estado de las Autonomías.

David Álvarez Diez

(Presidente de Eulem)

1.

Considerando exclusivamente los aspectos económicos, diría que, a lo largo de su historia, Cataluña ha actuado fundamentalmente como factor catalizador del desarrollo económico de España en el que tanto ha influido el ejemplo de una configuración industrial como la catalana, basada en una tradición empresarial de perseverancia, bien hacer y capacidad de relación con el exterior.

Téngase en cuenta que el empresario catalán es, por naturaleza, creador e innovador, capacidad ésta que le ha permitido en diversas épocas, ir adaptándose con precisión a las exigencias del mercado, siempre fluctuante y abierto a cambios imprevisibles, ante los cuales hay que saber operar con intuición y rapidez y, añadiría, que con esa calidad que la empresa catalana ha sabido dar siempre a sus productos.

2.

A) Por supuesto con optimismo. En este momento es la segunda región española en renta per cápita y en su territorio se ubican más de un 30 % de las 1.500

empresas más importantes de España. Después del bache sufrido hace unos años, Cataluña ha sabido recuperarse en general, y sobre todo en lo que pudiéramos llamar sectores claves de su desarrollo económico, tales como el textil, el químico, el turismo y el alimentario, y ello con aportaciones tanto españolas como extranjeras, para las que ha sabido crear el atractivo necesario.

En este proceso de renovación, que continúa, Cataluña ha sabido conjugar la presencia de la pequeña y mediana empresa junto a la empresa de gran dimensión, creando un conjunto empresarial armónico, apto para satisfacer el mercado más amplio y exigente.

En este futuro, que ya no puede llamarse esperanza-dor, sino real, se inserta lo que llamaríamos el valor añadido de la Olimpiada, que se incrementará sensiblemente en los años siguientes. Las previsiones de inversión que al parecer superarán el billón de pesetas en los próximos 12 ó 13 años, situarán a Cataluña en condiciones inmejorables tanto para sí misma como para el resto del país.

Hechos como el de un litoral que paulatinamente va ofreciendo una capacidad de alojamiento sensiblemente superior a la actual y en línea con las más amplias de Europa, o la apertura de una red básica de carreteras, de la que es avanzada la autopista Tarrasa-Manresa, red que tendrá más de 1.000 kms de autopistas y otros tantos de autovías, permiten apostar,

junto con la consideración de otros hechos económicos igualmente importantes, por las posibilidades de una Cataluña que en su camino sabrá sortear sin duda —ya ha dado muestras de ello en otras ocasiones— los avalares de situaciones económicas adversas que, de producirse, sólo pueden encararse desde posiciones estructurales sólidas y flexibles al mismo tiempo.

B) Su clara vocación eu-ropeísta, condicionada por proximidades físicas y culturales con los países de Europa, será para todos un estímulo, y tal vez uno de los pilares esenciales sobre los que se asiente nuestra plena incorporación a la comunidad, definida ésta, en el ámbito en el que se enmarca esta opinión, y sobre todo a partir de la fecha clave de 1992, como un mercado múltiple donde competitividad y productividad, cualidades importantes de la empresa catalana, serán conceptos básicos en el desarrollo de la economía.

Seguir siendo el motor de esta integración en Europa, ofreciendo el ejemplo de cómo deben armonizarse empresas de dimensiones diversas y de sectores diversos también, junto a un claro sentido de la modernidad, que supone aportaciones tecnológicas avanzadas es, sin duda, papel que Cataluña seguirá asumiendo, en leal solidaridad con las restantes regiones españolas, ocupadas también en el esfuerzo singular de estar a punto para jugar el papel que en dicha integración europea les corresponde.

Rafael Ansón

(Secretario General de FUNDES y del Colegio Libre de Eméritos)

1.

Por desgracia, menos de lo que debía. España se estructuró fundamentalmente en torno a Castilla, al centro, a la pobreza, a la austeridad. Probablemente, si la capital de España hubiera estado en Barcelona y el espíritu, la cultura y la forma de ser y de pensar del mediterráneo hubieran tenido mayor protagonismo, la historia de España hubiera sido muy diferente. En todo caso, Cataluña tuvo siempre, por activa o por pasiva, un papel importante en la vida y en la realidad de España, sobre todo en terreno cultural y a lo largo del siglo XIX en el tímido proceso de industrialización que se produjo en nuestro país. Sin embargo, insisto en que la aportación peculiar de Cataluña ha sido muy inferior a lo que su realidad histórica exigía. A nivel nacional no se ha contado con Cataluña y los catalanes en la medida necesaria. Y, quizás, también, ha habido un cierto despegue, un cierto alejamiento de los catalanes por el conjunto de la dinámica nacional, que se manifiesta, sobre todo, en la ausencia de catalanes en los puestos importantes de gobierno y de la administración pública a lo largo de los años.

2.

En la actualidad, las cosas han cambiado radi-

cálmente. Cataluña es la Comunidad Autónoma locomotora de España y una de las cuatro o cinco grandes Comunidades de Europa. Su idioma, su cultura, su capacidad de trabajo, su sentido común, su sensibilidad para adaptarse al progreso y a la modernidad, para sintonizar con la Europa del año 2000, es impresionante. Estar en Cataluña es como estar ya en esa Europa que tenemos que construir entre todos. Cuando se viaja al extranjero, se nota que Cataluña tiene ya personalidad propia, que forma parte de España, pero que tiene contenido cultural, económico y político peculiares. España cada vez cuenta más con Cataluña y las otras 16 Comunidades Autónomas se miran muchas veces en el espejo de la Comunidad catalana. Y, paralelamente, Cataluña cada vez tiene más interés en los asuntos nacionales, comprende que si España entera no progresa, difícilmente podrá hacerlo su pueblo, su Comunidad.

Con los ojos puestos en Europa, en el horizonte del año 92 y del año 2000, Cataluña asienta cada vez más los pies en la tierra de España.

De esa nueva relación, esa nueva capacidad de entendimiento y de comprensión entre Cataluña y el resto de España, debe surgir en el futuro un proyecto común, capaz de dinamizar el conjunto de la vida española y de situarnos al nivel de los grandes pueblos democráticos del mundo. Ese es el papel histórico de Catalu-

ña, que yo pienso está dispuesta a comprender y a dinamizar. Lo que hace falta ahora es que encuentre la generosidad, la sensibilidad y la comprensión de las otras Comunidades y del conjunto de España.

Jordi Bonet i Armengol

(Arquitecto)

1.

Hay un intento de aportación de Cataluña a la vida de España, posiblemente poco conocido y aceptado. La situación geográfica de Cataluña, lugar de paso, ha permitido traspasar las grandes corrientes culturales: desde servir de base de romanización y a entrada del cristianismo a ser punto de encuentro entre el Imperio Carolingio y la cultura árabe.

A partir de la independencia de lo que sería Cataluña en relación a estos dos poderes, se forjó poco a poco una particular visión del comportamiento humano, que es síntesis o crisol resultante de una diversidad de aportaciones procedentes de Europa o del Sur, que se aglutinan en una forma avanzada de convivencia humana que hace del respeto y del pacto quizás, la natural manera de sobrevivir, moldeada por la misma realidad geográfica.

Toda una filosofía y una cultura manifestada en aportaciones universales. Desde «La Treva de Déu» proclamada en Costoja

—actual Departamento de P.O. del Estado francés— a la concepción del mundo que en el medioevo planteó Ramón Llull, que dio primacía a la lengua catalana para hacerla expresión de la ciencia. Desde la vida parlamentaria que afloró entre el señor y sus vasallos en sus Cortes, que fue viva expresión democrática ya en el siglo XIII, a las leyes sobre el comportamiento en el comercio marítimo que por el «Consulat del Mar» inspiraron los códigos modernos, a la cartografía catalana que fue fundamental para la época de los grandes descubrimientos. Desde la racionalidad de su arquitectura románica o gótica a las corrientes de expresión plástica más actuales, donde los nombres de Gaudí, Picasso, Miró o Dalí, son triunfos que con los de Velázquez o Goya son claro patrimonio de la Humanidad.

A partir de finales del siglo XVIII, un deseo de modernidad, de acompañarse al progreso del continente europeo produjo unas realidades válidas; pero estos logros y estas ideas que se ofrecieron al conjunto hispánico, a pesar de significar un gran esfuerzo no consiguieron imponerse. El crecimiento de Barcelona, paralelo a la influencia de grandes personalidades del pensamiento, de la política o de la Iglesia, abrieron unas áreas de influencia que sólo triunfaron con el proteccionismo en la industrialización creciente de Cataluña. Así, Cataluña aspiró a ser la locomotora del con-

junto, pero quedó faltada de la capacidad de dirigir que condicionaba la capitalidad. La «Renaixença» y el catalanismo político se vieron como una tentación de renuncia a España, cuando eran los caminos para ofrecer dignamente las aportaciones a la universalidad a que todo pueblo tiene derecho. Barcelona aspiró a una capitalidad que se decidió con la supremacía del Centro. Sin embargo, Cataluña aproximó y continúa aproximando España a Europa en todos los campos, pero en especial en el del Arte, en el de la Industria y el Comercio.

2.

Cataluña juega su porvenir en hacer de la convivencia de todos sus habitantes, el objetivo de su recuperación democrática, sin menoscabo de su personalidad diferenciada por su lengua y cultura milenarias. En un futuro inmediato aspira a consolidar este objetivo y ampliar la capacidad de autogobierno ya incorporarse plenamente a Europa.

Hay una convicción clara desde Cataluña: la suma de la diversidad es más rica que la reducción a la uniformidad.

Cataluña siempre ha estado dispuesta a la solidaridad. España sin la aportación catalana sería muy diferente. Pero si la aportación de Cataluña no es aceptada con todas sus consecuencias, sobre todo a nivel cultural y de catalanidad, el mal que recibe España es irreparable.

Es suicida derrochar

energías para impedir y sofocar el normal desarrollo catalán que obliga, lógicamente en defensa propia, a emplear las energías que Cataluña necesita para sobrevivir. Es una responsabilidad de los que ostentan el poder y de cuantos mantienen una visión de una España que no es la real.

Cataluña puede ser un motor de creatividad para España si el espíritu de respeto hacia otras formas de sentir y de actuar puede aceptarse por la mayoría de la sociedad española.

Los catalanes fueron capaces de crear una gran capital, sin más ayuda que la de sus propias fuerzas y con una voluntad extraordinaria. La capitalidad necesita proyectarse, expansionarse al exterior. España no ha sido capaz de recoger el fruto que podía darle la bipolaridad

Madrid-Barcelona! Ha preferido dar sólo apoyo a la capital del Estado, olvidando todos los beneficios de la doble capitalidad. Todo se ha querido concretar siguiendo el mal ejemplo francés. Ni Nueva York, ni Zurich, ni Milán, ni Hamburgo, ni Sao Paulo, etc., con la capital política de sus estados respectivos y, sin embargo, son motores principales de actividad humana que han generado grandes cotas de bienestar y de progreso cultural, social y técnico.

El camino emprendido por la democracia en nuestro país, con una forma de convivencia que llamamos «Estado de las Autonomías» puede aún generar grandes logros, en especial

aportando algo nuevo en la construcción de la Europa de hoy y del futuro. Es quizás la gran posibilidad que desde España puede ofrecerse.

La Europa de los Pueblos ó de las Naciones, puede contribuir mucho más que la de los Estados a esta construcción que se está iniciando y de la que los Estados son protagonistas.

España puede ganar prestigio y beneficiar humanamente a cada uno de sus habitantes. No hay que temer que esta generosidad haga perder un ápice de lo hispánico, que es consubstancial en todos los pueblos que componen este proyecto de convivencia.

Si son los Pueblos, más que los Estados, los que fuerzan a construir la Europa unida, prescindiendo de soberanías defasadas, y España comprende este quehacer histórico y es capaz de traspasar esta idea al resto de los Estados y esta idea se impone por Europa, Cataluña habrá desempeñado un papel singularísimo, favorecedor de la integración europea. Si Cataluña es capaz de contagiar creatividad, iniciativa y respeto —que depasa fronteras y sistemas— seguro que España ganará con ello.

Creo que a esta solución, Cataluña está dispuesta a ofrecer todas sus fuerzas y su entusiasmo; siendo ella misma, sin controles y exigencias sofocantes que ahogan y reducen a cero cualquier proyecto futuro, al no respetar la libertad que es motor de cualquier fuerza creadora.

Adolfo Carretero

(Presidente de la Sala Quinta del Tribunal Supremo)

1.

Desde mi particular punto de vista, me parece que ha sido formar una nacionalidad, que ha sabido conservar su identidad y hacerla compatible con su eu-ropeísmo, hasta el punto de haber sido nuestro único estado mercantil, semejante a los italianos de su época, frente a un planteamiento de otro tipo, dominante en el resto de la Península. Durante la crisis española de los siglos XVIII y XIX, cuando se produce el predominio del centralismo, representa inequívocamente la defensa de la autonomía política, social y económica. Por ello la formación de su Derecho es más consuetudinaria que estatal, reflejando la vitalidad de su Sociedad.

2.

Lo veo claramente esperanzador y positivo. Al haberse consolidado el Estado de las Autonomías, en la Constitución, al que ha contribuido decisivamente Cataluña, ha encontrado una reidentificación que le permitirá desarrollar su potencialidad al máximo. Teniendo en cuenta su proyección universal inmediata, al celebrarse en ella la Olimpiada, representará respecto del resto de España un papel de protagonista principal. Económicamente se vislumbra que será un motor de la Economía, pro-

perdonando empleo y desarrollo. Políticamente reforzará al Estado de las Autonomías y tecnológicamente promoverá innovaciones y puede ser un punto clave para la necesaria revolución tecnológica española.

Joan Colominas

(Diputado del Parlamento de Cataluña)

1.

Creo que la historia está llena de aportaciones de Cataluña en la vida española del pasado, en los aspectos sociales, económicos, políticos y culturales. Pero la pregunta habla de aportación peculiar. Y a mí me parece ha sido extremadamente peculiar la aportación cultural, por lo que ha representado de enriquecimiento en el ámbito de las diversas culturas y lenguas de España. Que, por fin, la Constitución española reconoce en su artículo tercero, aunque este artículo no haya sido desplegado legislativamente, como sería de desear.

2.

El presente y el futuro inmediato de Cataluña lo veo con muy buenos ojos. Creo que a pesar de las dificultades políticas que comporta una real autonomía política, de intereses muy

diferentes en las 17 autonomías, se avanza con decidido empeño e ilusión. Con absoluto respeto a la pluralidad política, a los intereses sociales y económicos. Con una absoluta tolerancia en el campo de la normalización cultural y lingüística, indispensable para la recuperación de nuestros signos de identidad nacional, que por otro lado han sido, son y espero que sean, patrimonio de los catalanes, es decir, de todos aquellos que viven, trabajan y quieren ser catalanes.

Respecto al papel que ha de representar respecto al resto de España, creo que le debo responder con humildad, con un verdadero espíritu de confraternidad y de solidaridad. Atributos que han de ser compatibles con una firme actitud de defensa de nuestros derechos nacionales, de nuestros derechos como país, y como personas.

Luis Escobar de la Serna

(Abogado)

1.

Cataluña y, hasta si se quiere, el catalanismo —entendido como la tendencia a exaltar lo catalán como algo propio y diferenciado del conjunto de las diversidades que forman lo español— han contribuido

decisivamente en el pasado, y con una aportación genuina, a la configuración de la realidad nacional española. Y lo han hecho sobre todo desde la diferenciación esencial entre lo catalán y lo español, que se patentiza y renace más vigorosa precisamente a partir de 1716, con el Decreto de Nueva Planta, que acaba con las diversidades de los reinos en España. Cataluña, en todo caso, ha estado presente en los grandes acontecimientos históricos de la nacionalidad española común.

2.

Su privilegiada situación estratégica —el mar, la frontera— le concede es gran parte la importancia y el papel que en España representa, en cuya evolución histórica, cultural y económica tiene un puesto de primera categoría. Hoy conserva esa primacía en virtud de un expansivo esfuerzo industrial, comercial y cultural que se fortalece además por el mantenimiento de una estructura social fuerte. Por ello, su futuro inmediato es necesariamente optimista. Respecto al resto de España, debe incrementar el papel que actualmente representa, esforzándose por alentar la comunicación, la penetración y el intercambio de actitudes de generoso entendimiento ante los problemas generales. Comprendiendo su proyección exterior —tradicional e histórica— no puede olvidar que su proyección interior es la verdaderamente decisiva.

Manuel Fernández Alvarez

(De la Academia de la
Historia)

1.

El impulso en la vida económica.

2.

a) Espléndido, b)
Motor y estímulo.

Pedro Fernaud

(Periodista)

1.

En su gran libro «España», Salvador de Mada-riaga escribe que «Cataluña aparece... como una de las pequeñas unidades independientes en que se manifiesta el espíritu nacional de España resurgiendo de la invasión musulmana». De este dato histórico estricto hay que partir inexorablemente para hacer balance de lo que es y ha sido Cataluña en el conjunto de España. Esta reflexión es ineludible en las celebraciones del Milenario de Cataluña a las puertas del 92, fecha decisiva para la conformación de la Nación Española con vista al siglo XXI en el contexto de una Europa unificada políticamente.

Cataluña fue una versión propia del proceso de recuperación de España, que tan bien ha narrado Julián Marías en «España inteli-

ble. Razón histórica de las Españas». Pienso que está todavía por escribir la verdadera historia de Cataluña que muestre desde la razón histórica, sus razones y sinrazones en la larga singlatura de constitución de España, especialmente desde que estalla la discordia entre las partes sociales y territoriales de España y nuestro país queda invertebrado, según la eficaz expresión orte-guiana. En ese momento decisivo en que entra en desorientación creadora en el primer tercio del siglo XX entre dos naufragios (1898 y 1936), ¿qué fue lo que hizo Cataluña y qué fue lo que pudo haber hecho Cataluña y finalmente no hizo? En Cambó está la clave.

En cualquier caso, geográfica y culturalmente abierta a Europa y al Mediterráneo, Cataluña ha tenido siempre un gran dinamismo económico, artístico y científico. Sus aportaciones en el mundo de la cultura y de la creación se personalizan en figuras mundiales como Pau Casáis, Antoni Gaudí, Joan Miró, Salvador Dalí, Antonio Tàpies, Josep Trueta, Josep Pía, Ferrater Mora, Joa-quím Barraquer, Salvador Espriu o Montserrat Caballé, por citar sólo algunos nombres paradigmáticos.

2.

El presente de Cataluña permite abrigar las mejores esperanzas para el futuro de España. Como gran dato positivo hay que anotar la existencia prevalente de una sólida y com-

pacta sociedad civil, autónoma en sus deseos y propósitos, segura de sí misma y con ganas de hacer cosas. Los Juegos Olímpicos del 92 son su gran cita histórica. Creo que en el 92 Cataluña tiene una gran oportunidad de «hacerse España» de modo análogo a cómo Castilla, hace ahora cinco siglos, supo también «hacerse España». Frente, y junto con el tradicional modelo castellano de España, nuestro país necesita incitaciones enérgicas y creadoras todavía inéditas que pueden y deben venir de Cataluña, en beneficio mutuo y solidario de todas las porciones de España.

Cataluña tiene «seny», laboriosidad, acendrado sentido civil y capacidad de integración social. Si supiera despojarse de algunas adherencias nacionalistas fuera del tiempo histórico, Cataluña podría constituirse en ámbito de vanguardia para la efectiva modernización de la Nación Española. Si la españolización de Castilla fue el paso fecundo para la nacionalización de España, hallazgo de esa nueva forma histórica que fue la Nación, la españolización de Cataluña supondrá un primer paso para la transnacionalización de la Nación Española en su cita europea.

Barcelona, «archivo de cortesía» cervantino y gran metrópoli del mediterráneo, puede ser la punta de lanza de un renovado proyecto español diseñado desde una Cataluña integrado-ra de las energías españolas desde el Ebro hasta el Mare

Nostrum. Concibo a Cataluña como un «melting pot», como una fragua de los hombres de España comprometidos en la dimensión mediterránea de la Nación española. Como ha escrito el historiador Nadal i Farreras, «Cataluña es una esponja, porosa y suave, capaz de asimilar, incorporar e integrar los elementos de procedencia más diversa e integrarlos activamente en un proyecto común de base esencialmente catalana». Un proyecto común en que convivan en fecundo matrimonio cultural —en el bilingüismo y no en la diglosia— el catalán y el castellano, las dos lenguas propias de Cataluña. En estupenda metáfora Julián Marías ha representado la instalación lingüística de los catalanes como una casa de dos pisos, por los que pueden transitar permaneciendo siempre en casa, en «su casa». Pienso que es una imagen válida y constructiva de lo que es y debe seguir siendo el bilingüismo catalán.

Finalmente, un dato que estimo paradigmático para ver positivamente el presente y el futuro inmediato de Cataluña. Si se toma como 100 la media del poder adquisitivo de los doce países miembros de la Comunidad Europea, el poder adquisitivo de los catalanes es del 92,7 por ciento, mientras que la media del total de España supone el 77 por ciento. Quede este dato como abreviatura conceptual de lo que supone ahora y habrá de ser Cataluña en una España contextualizada en Europa.

Josep M.^a Figueras

(Presidente de la Cámara
Oficial de Comercio,
Industria y Navegación
de Barcelona)

1.

Intentar en unas pocas líneas la síntesis de un complejo proceso de interacción de Cataluña con la vida española en general es, como mínimo, arriesgado por cuanto uno se expone a la parcialidad y al reduccionismo.

Desde el punto de vista económico, bajo el cual creo que se espera mi contestación, diré que el catalanismo que se ha proyectado a la España moderna ha tenido como constantes influyentes la defensa de la racionalidad económica, una posición contraria a la autarquía pero compatible con la defensa ocasional de políticas proteccionistas y la creencia en la innovación como esfuerzo propio, la no sumisión al «que inventen ellos».

A mi entender este discurso, sin duda apoyado por el torrente de influencias externas, sobre todo a partir de la década de los 50, ha influenciado además la vida cotidiana en el sentido de incorporar los planteamientos económicos a los hábitos. Hoy se es, para entendernos, menos fundamentalista que en el pasado. La noticia y la reflexión económica tienen hoy en las opciones individuales una presencia y un aprecio que considero en parte no-

table fruto de esa influencia.

2.

No me atrevo a asegurar que hoy y en el futuro predecible, Cataluña tenga un papel a ejercer tan definido como en las pasadas épocas. La dimensión europea por un lado y la necesidad mundial de estructurar los lazos de una cooperación internacional cada vez más intensa y en un número creciente de materias hacen que Cataluña esté inmersa en una problemática ampliamente compartida.

Si acaso, en la medida que Cataluña tiene una personalidad histórica, hoy favorecida en el despliegue de sus valencias por la concepción autonómica del Estado, y en la medida en que Cataluña se sienta corresponsable, y creo que así es, de esta misión de dar sentido a las transformaciones aceleradas que día a día presenciamos en todo el mundo, en esta medida, pues, creo que Cataluña, dentro de una España que está ocupando un lugar progresivamente destacado internacionalmente, deberá mostrar activa y abiertamente su disponibilidad y su capacidad efectiva para generar y formular ideas y soluciones aplicables a las necesidades emergentes.

Y ello con la actitud optimista de un país que a lo largo de la historia ha sido siempre, como tierra de paso, un país abierto que, en consecuencia, contempla sin recelos la relación con otros países y otros hombres, siempre enriquecedora.

Armand de Pluvia i Escorsa

(Profesor de Heráldica)

1.

Un talante liberal, progresista y federalista, así como europeísta. Unos presidentes como Estanislau Figueras y Pi i Margall y un general como Prim i Prats.

2.

El presente como una etapa de recuperación de la identidad y de promoción de la cultura catalanas. El futuro inmediato depende en gran manera de si los españoles abandonan de una vez por todas el nacionalismo chovinista que les caracteriza, tanto si son de derechas como de izquierdas, progresistas o reaccionarios. En este sentido, siendo como soy optimista, veo a Cataluña como una especie de principado de Liechtenstein con respecto a la Confederación Helvética y como una región de la Comunidad Económica Europea.

Santiago Foncillas

(Presidente del Banco Hispano Hipotecario)

1.

Desde su decisivo apoyo en hombres y en medios, a la estrategia política de penetración del Reino de Aragón por el Mediterráneo, la contribución de Cataluña a la Historia de Es-

paña ha sido relevante y singular y en mi opinión esta peculiaridad se ha conservado siempre y se ha intentado difundirla al resto de las regiones, con el convencimiento de que era un componente necesario para conseguir acercar España a Europa.

El comercio y la industria florecieron en Cataluña, especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII, propiciando un desplazamiento de la riqueza, desde el centro a la periferia, configurándose así una nueva fisonomía social que superaba la estructura agraria y feudalizante de gran parte de la península, todo ello debido al espíritu de laboriosidad y emprendimiento de sus gentes, que se han movido siempre por iniciativas propias y no han comprendido nunca demasiado bien los intervencionismos estatales.

Durante el siglo XIX la industrialización se fue consolidando sobre unas raíces autóctonas que han servido para afirmar su tantas veces alegada peculiaridad, que aun encuadrada en la Historia de España, no se puede olvidar que tiene un contenido propio que se proyecta con un aire innovador en la política española hasta nuestros días.

Su cultura, peculiar también, se entronca con las corrientes culturales de Occidente, pero se proyecta con ingredientes propios dando una imagen de coherencia y de diferenciación que permiten calificarla a un tiempo, como popular y vanguardista, de modo especial

en las artes plásticas de fines del siglo XIX, fecha en que se sitúa en primer plano del arte europeo.

La laboriosidad, el humanismo, la cultura mercantil y artística son aportaciones, sin duda, muy peculiares de Cataluña a lo largo de nuestra Historia.

2.

Cataluña puede seguir dando el ejemplo de siempre, hoy tan necesario, de su espíritu cívico que promueve espontáneamente la organización democrática de todas las actividades sociales, desde las mercantiles hasta las culturales, pasando por las políticas.

El respeto a las leyes, el amor a la libertad, la tolerancia y la solidaridad que inspiran sus comportamientos ciudadanos y el genio e inspiración de su cultura son también rasgos de su personalidad, que gustaría ver proyectados en la política española actual. Cataluña debería seguir siendo en suma un factor orientador y moderador del dificultoso proceso de construcción del Estado de las Autonomías.

Jaime Fonrodona Sala

(Doctor Ingeniero Industrial)

1.

A mi entender la aportación de Cataluña a la vida española en el pasado se centra en el transvase hacia España de virtudes tra-

dicionales de la Región Catalana: su laboriosidad, su deseo perfeccionista, la estabilidad del carácter y ser la región española donde una burguesía trabajadora está más implantada. Al mismo tiempo su adelanto en el terreno deportivo y cultural sobre el resto del Estado, así como su espíritu verdaderamente liberal en costumbres y modos de vida.

2.

El presente catalán se presenta, a mi juicio, bastante mejor que en el resto de España, por notarse en Cataluña un fenómeno que si bien es común a todo el resto del país, allí se manifiesta con más fuerza: una ilusión, un ideal de mejora en lo económico, social y cultural. El peligro es, a mi entender, que el movimiento separatista no sea encauzado dentro de sus justos límites, y que, con independencia de una autonomía real, no se olviden las ridiculeces de los agravios comparativos y se enmarque la vida catalana en el resto del Estado, con sus peculiaridades propias, pero sin exageraciones tan inconvenientes para Cataluña y para España.

**Manuel
Fraga
Iribarne**

(Ex Embajador de España)

1.

La aportación de Cataluña al conjunto de la

vida española ha sido múltiple, constante e importantísima. Sin dejar de ser ella misma, cuidando siempre de su personalidad y peculiaridad, Cataluña ha figurado siempre en vanguardia de los grandes momentos de nuestra Historia; así ocurre bajo los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II; así se repite en el gran momento modernizador de Carlos III; y siempre que España ha dado muestras de ímpetu y espíritu renovador. En cabeza de nuestra tardía y difícil revolución industrial, Cataluña aporta un pensador como Balmes, capaz de intuir los cambios sociales que inevitablemente habían de acompañarlo. Cataluña, en fin, es siempre maestra de pluralismo, de apertura, de sentido común, de modernización, de pactismo de buena ley.

2.

La historia de los grandes pueblos ha sido siempre la de grandes procesos de integración; y para integrar no basta sumar elementos diversos, como explicó magistralmente Hegel (en su concepto de «Aufhebung») que aquellos deben superarse, para mantener lo propio y a la vez contribuir a producir un nuevo nivel histórico.

En el actual momento del mundo, estas ideas son especialmente importantes. Tan malo como el intento de confundir «integración» y «uniformidad», sería el de reaccionar con particularismo medievalista, en vez de buscar nuevos entendimientos, a la altura de los

tiempos. Todo lo anterior puede y debe ser superado en nuevas formas de integración; y la unidad europea va precisamente en esa dirección.

Cataluña tiene un papel histórico en actuar como dirigente, y no como divisor, en una España integrada, y en una Europa superadora. Ojalá encontremos todos los caminos para superar las desconfianzas y errores del pasado.

**Fernando
García de
Cortázar**

(Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Deusto)

1.

Es bien sabido que la situación geográfica constituye uno de los elementos primarios que intervienen en la configuración histórica de un pueblo y por consiguiente en su forma de proyectarse sobre su entorno. En el caso de Cataluña su privilegiada posición, en uno de los extremos del Mediterráneo y sirviendo de portal de la legendaria Iberia, determinará los caracteres más sobresalientes de su personalidad histórica: cruce de culturas y asentamiento de civilizaciones avanzadas. Fenicios, griegos o romanos, esto es, los pueblos más sobresalientes de la antigüedad, eligieron las costas catalanas para comenzar su penetración cultural y económica en el «ex-

tremo occidente» de su época. Estas aportaciones sumadas al sustrato indígena, formado a su vez por innumerables contribuciones étnicas indoeuropeas, serían fundamentales en la configuración del «ser» catalán histórico.

Ya en el período medieval, su localización geográfica serviría a los catalanes y aragoneses de la Corona de Aragón para atraer la influencia de los reinos mediterráneos próximos y a su vez expandirse por ellos. Sería en los años de la España «moderna», durante los siglos XVII y XVIII, cuando la región que ya ha desarrollado algunos elementos de identidad propia, entre ellos una lengua romance diferenciada, toma conciencia de los problemas que le separan y que le unen a Castilla. Los históricos episodios del Conde-duque de Olivares o de la guerra de sucesión son aún hoy recordados en Cataluña como elementos dramáticos de una identidad, por otra parte absurdamente presentida desde acontecimientos sangrientos. Sin embargo, el *siglo de oro* catalán, en el que su impronta se reconocería mundialmente y como tal se proyectaría por el resto de España, habría de ser el siglo XIX. Es el período de la formación y consolidación de la burguesía contemporánea, de sus proyectos industriales y de sus iniciativas comerciales. En una coyuntura favorable, en la que los productos catalanes son exportados a Europa y América, se forma el espíritu catalán moderno.

Un talante laborioso, una profesionalidad concienzuda y una tenacidad comercial que ha justificado no pocos tópicos amables sobre Cataluña y los catalanes. Si en lo tocante a trabajo, los catalanes son casi los alemanes de España, en cuanto a su cultura no se puede dejar de admirarles por su exquisitez y su alto grado de formación que les asemeja al francés ilustrado y que siempre les ha hecho aparecer como los más europeos de los españoles.

Todos estos rasgos característicos han sido el fondo abundante que el pueblo catalán ha volcado en nuestra cultura común. Han sido hombres de la política, arquitectos, poetas, pintores o músicos los que han perseguido desde siempre aumentar esa aportación comprendiendo justamente la responsabilidad y el destino de su compromiso histórico con la vida española. Si hablamos de política, por tanto, es el liberalismo y su versión federalista del Estado. Si hablamos de cultura es la europeización y la vanguardia artística. Si hablamos de economía es la laboriosidad, la perseverancia y el ingenio. No es fácil encontrar un mejor balance de aportaciones.

2.

Antes hemos hablado de Cataluña y los catalanes pero sólo de un sector. Relevante y fundamental sin duda, pero que no oscurece ni mucho menos la gran tarea social e histórica que ha supuesto en el pueblo catalán contemporáneo

la llegada e integración de un elevado número de emigrantes. Sería ingenuo y en exceso idealista pretender que por la ausencia de racismos o segregaciones en el discurso nacionalista, no existan problemas y recelos de intereses. Tampoco se debe olvidar el largo proceso de asimilación, quizá más sencillo por el carácter mediterráneo de la cultura y por la hermandad romance de las hablas. Pero es importante señalar que si una vez fue preciso reivindicar aquel apelativo de Francesc Candel para «les altres catalanes» hoy ya se puede hablar en segunda generación de catalanes a secas, sin unos ni otros.

Si Cataluña ha logrado este crisol social, en el que bien pueden subsistir peculiaridades, y lo está fundamentando diariamente en la recuperación común de una sociedad plural, no podemos imaginar mejor presente ni más apropiada carta de presentación para el futuro. Cuando hace unos años viajaba por las carreteras catalanas y me encontraba con aquel institucional anuncio de «Somos seis millones», un regusto social me invadía. Sabía de la significación integradora del slogan y veía en él, no al antipático etnocentrismo sino la confirmación de un avance integrador. No me cabe la menor duda de la vitalidad que ha producido esta conjunción del carácter peculiar que ha prestado al solar catalán, a su cultura, a su imaginación...

Fernando Garrido Falla

(Académico de las RR.AA.
de Ciencias Morales y
Políticas y de jurisprudencia
y Legislación)

Permítaseme que, prescindiendo del orden sistemático en que las preguntas me han sido hechas, formule las siguientes observaciones:

1. Las naciones son un producto histórico. Como consecuencia de una serie de circunstancias positivas (geográficas, étnicas, culturales, religiosas, bélicas...) o negativas (posiblemente las mismas de antes, sólo que con distinto signo), cuya valoración moral es imposible u ociosa, nacen o no nacen.

Pienso que en el caso de España las circunstancias positivas se han producido con la suficiente abundancia como para haber propiciado el nacimiento de una unidad nacional.

2. En prácticamente todos los actuales Estados-Nación hay gérmenes internos de disensión y desintegración debidos —entre otras muchas causas— a la existencia de regiones y nacionalidades en potencia; es decir, que, si las circunstancias históricas hubiesen sido otras, hubiesen dado lugar a varios Estados nacionales, donde hoy sólo hay uno. La hipótesis contraria también es cierta: recordemos los Estados alemanes antes de la reunificación o el sorprendente nacimiento de la «na-

ción americana» (en la que el originario principio unificador *White, Protestant, Anglosaxon*, carece hoy de vigencia) unas décadas después de la Guerra de Secesión. Cuales sean las ideas-fuerza que en este caso han guiado el proceso unificador frente al secesionismo de la América hispana, es un apasionante tema que cae fuera del que ahora nos ocupa.

3. La unidad nacional de España se encuentra sometida a tensiones disgregadoras, particularmente visibles en el momento actual, precisamente por el contraste con una anterior organización político-administrativa uniforme y centralizada. Problemas históricos reales se ocultaban cuidadosamente, olvidando que ocultar no significa resolver; y ahora con la fórmula del «café para todos» del Estado de las Autonomías —y no digamos si se cae en la tentación del Estado federal, que es *algo más* que un problema terminológico— se intenta resolver tres problemas históricos... creando doce o trece artificiales.

Por supuesto, Cataluña representa uno de esos problemas histórico-reales de carácter disgregador con el que el mantenimiento del Estado-Nación, que es España, tiene que enfrentarse.

4. El mantenimiento de la unidad nacional está en función, de un lado, del papel relevante que las nuevas fórmulas de organización internacional reservan a los actuales Estados nacionales;

de otro, de la convicción por parte de las regiones con aspiraciones nacionalistas de que aquellas nuevas fórmulas no son una ocasión propicia para reivindicar un protagonismo pleno (soberanía jurídica internacional) en la nueva organización. Personalmente, creo que la Comunidad Económica Europea (ni ahora, ni en una posterior etapa de mayor unificación) no significa riesgo de desaparición para los Estados Nacionales que la constituyen;—por el contrario, es un valor entendido el mantenimiento del actual *statu quo* (por aludir a ejemplos extranjeros: ni el independentismo gales, bretón o corso creo que tengan mucho que esperar de la Comunidad). En cambio, es una aspiración legítima de las «regiones-nacionalidades», no sólo disponer de un razonable grado de autogobierno, sino influir con su propia imagen y con sus propios hombres y mujeres en el perfil del Estado en el que viven (influir hacia dentro y hacia fuera).

Cataluña es, por cierto, desde varios puntos de vista, la región española más europea. Sus rasgos deben ser asumidos por España en su presencia en Europa; sus dirigentes deben aspirar, no sólo a autogobernarse, sino a influir en el Gobierno de España. Oponerse a esto creo que sería un lamentable «separatismo al revés».

José Agustín Goytisolo

(Escritor)

1.

Principalmente, y desde que se creó la Corona de Aragón por matrimonio del Conde Ramón Berenguer IV de Barcelona con Petronila, hija del Rey de Aragón Ramiro el Monje, Cataluña aporta al mosaico español una cultura y un idioma propios, que se expanden por el Mediterráneo y que cruza los Pirineos. En un pasado más reciente, y que llega hasta hoy, varios símbolos y señas españolas tienen su origen en Cataluña, por ejemplo:

a) La bandera nacional española tiene su origen en la bandera naval de Alfonso V el Magnánimo, que para hacer más visible la bandera cuatribarrada, con centró en la enseña el amarillo-gualdo en el centro, rodeado de dos bandas, en lado, de rojo. De ahí pasó a ser enseña naval del Rey de España, Carlos III, y en el XIX, Isabel II la convirtió en bandera nacional.

b) En el escudo del Estado español, dos de los cuatro cuarteles son aportación de la Confederación catalano-aragonesa: uno, el cuartel cuatribarrado, es de Cataluña y Aragón, y el otro, el de Navarra, se debe a que Fernando el Católico, Rey de Aragón, ya viudo, casó con Germana de Foix, reina de Navarra, y así Navarra pasó a ser española.

c) La moneda nacional, la *peseta*, lleva nombre ca-

talán (no pesita ni pesito), pues sus dos primeras acuñaciones se realizaron en Barcelona, a principios del XIX.

2.

Políticamente, Cataluña ha recuperado su autonomía y sus centenarias Instituciones; culturalmente ha recuperado su idioma; pero creo que debido a la situación económica interna e internacional, su desarrollo se ha estancado. En un futuro, Cataluña puede volver a ser el país-pasillo del Estado español hacia Europa y viceversa. La potencial riqueza de Cataluña reside en el nivel de especialización y en la herencia de una tradición de trabajo bien hecho. Es decir, la riqueza de Cataluña son sus nombres, son sus recursos de primeras materias (no hay hierro ni carbón, su agricultura es deficitaria, etc.).

Diego Hidalgo

(Presidente de Alianza Editorial, S. A.)

1.

Cataluña ha aportado a España grandes valores en todos los aspectos: en el económico ha contribuido al producto nacional bruto del país de manera notable a través de su gran expansión industrial, su importancia marítima y portuaria y, especialmente, su absorción de grandes cantidades de mano de obra procedente de otras partes del país que tenían un gran problema de desempleo. Su papel

en el sector financiero ha sido mucho menos destacado, y esta evidencia ha dado lugar a muchas elucubraciones sociológicas. En el aspecto político y en el de proyección exterior, Cataluña ha aportado una imagen de seriedad y serenidad; en el pasado inmediato de la transición, y a pesar del desbordado talante nacionalista que ha dominado a Cataluña, la no violencia, la seriedad en el trabajo y la proyección hacia Europa han sido factores notables y positivos. En cuanto a la cultura, aún poco conocida en el resto de España, en muchos casos debido a la barrera idiomática, Cataluña también ha tenido una presencia importante en el panorama cultural español. En Alianza Editorial, que presido, hemos tratado de difundir esa tan desconocida cultura con la publicación reciente de la colección «Biblioteca de la Cultura Catalana», que traduce las mejores obras, aún inéditas en castellano, de autores catalanes.

2.

Pienso que, dentro del prudente optimismo que puede esbozarse en el futuro de España como país y que se basa en una economía más floreciente que la de sus vecinos, en su situación privilegiada de puente entre Europa y América Latina y los Estados Unidos (donde es muy probable que dentro de una o dos generaciones haya un Presidente de habla española), Cataluña va a jugar un papel fundamental. Por un lado, su situación geográfica

le favorece extraordinariamente al constituir un núcleo de población importante, con el consiguiente mercado y polo de atracción de actividad económica (industria y servicios); Barcelona es, además, la ciudad más importante en muchos cientos de kilómetros a la redonda y constituye una «capital natural» de una gran región europea.

Por otro lado, las Olimpiadas de 1992 van a dar gran auge y renombre a la ciudad y a toda la región, que se traducirá en importantes dividendos: desarrollo de una gran infraestructura previa y gran atención por parte de inversionistas extranjeros anterior y posterior a la celebración de los Juegos Olímpicos. Creo que Cataluña continuará desempeñando un papel importante en el desarrollo económico de España y que sus perspectivas de empleo harán que aumente su importancia relativa respecto a otras regiones.

Enric Jardí Casany

(Doctor en Derecho)

Las dos preguntas que formulan en su sección «ENCUESTA» creo que pueden contestarse con una sola *respuesta* que es la que sigue:

Tanto en el pasado como en el presente o en el futuro inmediato, Cataluña aporta a la vida política del Estado español —estructurado en forma monárquica o repu-

blicana— un sentido del pacto o de la transacción entre gobierno y gobernados que no siempre ha sido bien interpretado, aplicado o eficaz.

Francisco López Frías

(Profesor de ética y filosofía política de la Facultad de Filosofía de Barcelona)

1.

Cataluña ha hecho aportaciones muy notables en el pasado a la vida española, peculiares o no. Fue pieza básica en la formación de España —la primera gran nacionalidad europea— como colofón de unas relaciones ya muy conscientes desde al menos la época del rey Jaime I. Pienso, sin embargo, que lo mejor —y lo más peculiar— que Cataluña podría aportar a España es una donación en gran medida pendiente. En efecto, a Cataluña le sobra, en comparación con el resto de España, tejido social o, dicho de otra forma, *sociedad civil*.

La Cataluña medieval románica y gótica es espléndida, exponente de unos valores que tenderán a mantenerse de forma parecida a como sucedió en el mundo anglosajón pero con menor intensidad al ser eclipsados por el racionalismo continental que inspiró la política de España a partir de los Reyes Católicos. Pero en general Cataluña se aguanta bien durante los siglos XVI y XVII dentro de la Corona hasta llegar al siglo XVIII,

que se inicia con la Guerra de Sucesión. El desenlace de esta contienda con la implantación de una nueva dinastía —la de los Borbones— es una de las partes de nuestra Historia más rigurosamente necesitada de clarificación ya que de ello depende buena parte de la cuestión actual acerca de lo que Cataluña significa en España.

Con algunas salvedades y objeciones pienso que todo el país se benefició de la gestión de la nueva dinastía y de ello es buena prueba que los grandes proyectos nacionales de este siglo, especialmente los relacionados con el comercio americano, cuentan con la colaboración entusiasta de los catalanes.

Los siglos XIX y XX son más difíciles de sintetizar. Se comienza con una nueva y decidida forma de nacionalismo en toda Europa ahora de la mano del Romanticismo, fenómeno casi coincidente en el mundo hispánico con un fulgurante proceso de desmembración. Puede decirse que mientras se consolidaban las nacionalidades europeas —algunas de ellas nuevas— desaparecía la española hasta el punto de que las últimas manifestaciones de nacionalismo español se dieron durante la Guerra de la Independencia incluyendo Cataluña, justo cuando la propia Constitución prescribía el nacionalismo patriótico entre las «principales obligaciones de todos los españoles».

No desaparece la Nación española pero su soporte

será cada vez más el Estado, lo que conduce a una falsificación grave. El nacionalismo español ya no lo volverán a reivindicar sino grupos poco presentables y con escasas credenciales, pues el verdadero sentimiento nacionalista se refugiará en las partes resultantes de la desmembración tanto en la península como en ultramar. Para no alargar excesivamente esta respuesta concluyamos en que una de estas partes —Cataluña— reafirmará su nacionalismo *nacional* frente a un nacionalismo *estatal*. Ello le ha permitido no sólo conservar sino también acrecentar unas formas de *sociedad civil* más en consonancia con los modelos de la cultura moderna occidental. Cataluña tiene pues algo que se desarrolla en el resto de Europa desde finales del siglo XVII mientras que el resto de España ha permanecido casi ausente del fenómeno. En definitiva, considero que la aportación *peculiar* de Cataluña a la vida española, es un quehacer pendiente.

2.

Con una cierta preocupación de que se sigan dejando pasar las oportunidades y, al mismo tiempo con una gran confianza en que tarde o temprano Cataluña entenderá que es componente esencial de España. Hoy el problema, a mi juicio, es que la política catalana está dominada por dos grandes corrientes antagónicas que no parecen muy predisuestas a la colaboración. Por una parte la *esta-tista* del PSC, sostenida por

millares de votos de la emigración y el consiguiente apoyo del PSOE. Y por otra la *nacionalista* de CiU que gobierna en la Generalitat desde hace ocho años gracias al apoyo mayoritario de esa Cataluña a la que me refería en la pregunta anterior y a otras cosas entre las que cabe contar las torpezas de sus contrincantes.

La primera constituye una cierta falsificación de lo que es Cataluña. La ocurrencia de propugnar un federalismo que ni siquiera comparten los nacionalistas, tiene medio escandalizados a sus propios correligionarios del resto de España y por eso conviene tomarlo como una prueba más de su afán —al precio que sea— de parecer más catalanes que nadie. Y la segunda podría muy bien llevar a cabo en el resto de España la excelente oportunidad histórica de aportar el modelo de *sociedad civil* a que antes me referí. Pero a condición de que no lo intente —como demostró el fracaso de la operación reformista en las elecciones del 86— desde un nacionalismo particularista.

Ángel M. López y López

(Presidente del Parlamento de Andalucía)

1.

Por lo que a la valoración de Cataluña en el conjunto del Estado se re-

fiere, mi opinión no puede por menos que ser abiertamente favorable. La existencia de una burguesía de fuerte implantación regional, ausente en el resto del país, favoreció el adelanto del proceso de industrialización y constituyó el marco propicio de corrientes culturales propias y foráneas, convirtiendo a Cataluña en una de las vías de penetración más importantes de las formas de pensamiento europeo. Bastaría para comprobar lo dicho con efectuar un somero repaso a las tendencias culturales y artísticas surgidas o desarrolladas en Cataluña en ámbitos tan diversos y variados como el literario, científico, urbanístico, arquitectónico, pictórico, musical... Cada uno de ellos posee nombres propios en catalán capaces de parangonarse no ya con sus homólogos del resto de España sino de la cultura europea.

Por lo que a la vida política se refiere, no creo tampoco que puedan albergarse dudas sobre la importancia del devenir histórico catalán. A este respecto, parece de justicia anotar en su haber la extensión de los sentimientos democráticos y liberales de gran parte de su burguesía frente al pensamiento eminentemente oligárquico del caciquismo español, la formación por primera vez en España de formaciones políticas opuestas al estéril y tradicional turno de partidos de la Restauración, su contribución al desarrollo del movimiento y la conciencia obrera, etc.

Ahora bien, cuestión dis-

tinta a esta impresión favorable que me merece tanto la cultura como la política catalanas intrínsecamente consideradas, es la valoración que cabe hacer de su incidencia en la vida española. En este sentido, opino que el sentimiento de recelo e incomprensiones mutuas que ha caracterizado en el pasado las relaciones entre Cataluña y el resto de España tuvo como consecuencia una cierta impermeabilidad entre ambas partes de forma que las aportaciones catalanas a la vida española, aun siendo importantes, han estado lejos de ser todo lo permanentes y fluidas que hubiera cabido esperar de una región de tan evidente relevancia. Quiero decir con ello que, en la mayoría de los casos, dichas aportaciones han sido concretas y esporádicas (el caso Cambó resulta ejemplificadísimo) como resultado de un desinterés mutuo que, por la intransigencia de unos y el radicalismo de otros, ha circunscrito lamentablemente las zonas de influencia a sus propios ámbitos territoriales. Con ello se ha imposibilitado un entendimiento que de otro modo hubiera resultado a todas luces fructífero.

2.

Por lo que al presente se refiere, y si consideramos como tal el período que se inicia con la transición democrática, considero que Cataluña conoce un resurgimiento que si bien comenzó ya con el último período del franquismo (re-vitalización lingüística, de-

senvolvimiento artístico y editorial...) está llamado a alcanzar aún importantes grados de desarrollo en el inmediato futuro.

Al margen de este optimismo general, entiendo que la aportación presente más relevante de Cataluña ha sido su contribución «objetiva» a la creación de un Estado descentralizado. Cuando subrayo el carácter objetivo de dicha contribución quiero referirme al hecho de que por encima de intenciones o voluntades concretas, la solución del «problema» catalán ha permitido un replanteamiento general de la propia estructura del Estado y el tránsito de un poder fuertemente centralizado a otro de tipo compuesto en beneficio de todas y cada una de las regiones españolas.

Es más, estoy convencido de que esa aportación va a continuar produciéndose en el futuro. No en vano buena parte de la literatura jurídico-política actual tendente a la búsqueda de un modelo definitivo de Estado autonómico tiene en los autores catalanes uno de sus más importantes contribuyentes. Ello es, en mi opinión, significativo por cuanto supone de cambio de actitud respecto al pasado en la medida en que se ha producido, tanto dentro como fuera de Cataluña, el convencimiento de que la solución a los problemas específicos de esa región no puede lograrse al margen de una consideración del Estado en su conjunto. El hecho de que el «problema catalán» sea hoy un «problema

del Estado español» supone una perspectiva inédita de las relaciones entre Cataluña y el poder central.

Aunque, como usted bien sabe en su condición de historiador, resulta imposible realizar predicciones de futuro en el ámbito de las ciencias sociales, no puedo, sin embargo, dejar de expresarle mi seguridad de que el establecimiento del Estado de las Autonomías constituye un punto de no retorno que impedirá la repetición de errores históricos y facilitará la interrelación no sólo entre Cataluña y el poder central, sino entre aquella y el resto de las Comunidades españolas, y ello aun consciente de los obstáculos y dificultades que lógicamente habrán de producirse en el desarrollo del proceso político.

Alfonso López Quintas

(Catedrático de Filosofía)

1.

Entre las aportaciones de Cataluña a la vida española en el pasado figuran el amor a la propia tierra y un espíritu universalista en lo político y en lo cultural. De ambas cualidades se derivan una presencia activa, muy laboriosa y de alta calidad humana en el mundo europeo, y un cultivo sobresaliente de la literatura y las artes.

2. Si el Estado de las Autonomías se desarrolla

con normalidad, es de prever un gran futuro para Cataluña, debido al gran interés que siente por el progreso de su país y a la decisión con que se abre al contacto con otros pueblos. Si continúa realizando una política templada, realista y efectiva, preocupada al mismo tiempo por conservar las tradiciones y configurar un futuro mejor, ejercerá un influjo muy benéfico sobre el conjunto de España. Puede, en efecto, contribuir no poco a que todos los pueblos de España incrementen su identidad propia y a la par colaboren en un proyecto nacional de gran alcance.

Jesús Mestre i Campi

(Director de L'avenç)

1.

La pregunta es algo confusa al no definirse la extensión temporal y al hacerse referencia, anteriormente, al Milenario. Como es bien sabido, Cataluña como Nación-Estado independiente es anterior al Estado español (a menos que se confunda con el Reino de Castilla). Desde esta perspectiva, Cataluña propició la formación del Estado español (siglos XV y XVI) y, posteriormente, la formación del «mercado interior» (siglos XVIII y XIX). Más recientemente, desde mediados del siglo -XIX hasta la actualidad, las ideologías políticas de muchas personalidades catalanas han fomentado un fe-

cundo debate sobre el «modelo político español», que se concretiza en la República Federal (1871-1873), la descentralización administrativa durante la II República (1931-1939) y, con el advenimiento de la democracia, la estructura actual del Estado de las Autonomías.

2.

Respondiendo a las dos preguntas a la vez, opino que debe remitirse al papel que Cataluña ha desempeñado históricamente dentro del Estado español, y a las relaciones que ha mantenido con el resto de comunidades ibéricas para interpretar la situación actual. Cataluña, efectivamente, puede ser el motor de relanzamiento y modernización de la economía española y, en el aspecto político, asumir la responsabilidad de ser un modelo de funcionamiento interno de «comunidad autonómica», potenciando la descentralización administrativa del Estado central y la viabilidad de una política autonómica real y, a la vez, exenta de crispaciones. Estas condiciones sólo se darían en un marco legal adecuado y con la voluntad de la clase política dirigente para afrontarlo.

Félix Milletti Tusell

(Presidente del Orfeo Càtala)

1.

Esencialmente una opción operativa presidida

por la medida. No se me escapa que, en ocasiones, esta fundamental línea conductora se ha visto quebrada (o aparentemente desmentida) por reacciones epidémicas que apelaban más al sentido que a la racionalidad.

En todo caso, estos pasajeros truncamientos, nunca han podido empañar una persistente voluntad de diálogo. Una voluntad que ha tenido un exponente palpable y manifiesto en la práctica constante del pacto, asumido como la forma más noble de comportamiento público. Ocioso sería, por numerosos, reportar ejemplos de tal conducta.

A ello deberíamos añadir una disposición innata a la apertura exterior y a la asunción de realidades múltiples. Características, ambas, probablemente inherentes a la idiosincrasia de pueblo de marca y, como tal, aglutinante y crisol de etnias diversas.

2.

El presente de Cataluña viene presidido por el signo de la esperanza. Ciertamente, no encajan en nuestro país las manriqueñas estrofas del mejor tiempo pasado^ si por pasado entendemos un ayer de aún reciente memoria.

Cataluña superó un deliberado propósito de aniquilación colectiva, y ha visto cómo sus principales señas de identidad (simbolizables en el idioma) perviven con pujanza manifiesta.

Y es a partir de esta básica realidad que deben ser juzgados todos los aspectos

de la vida catalana. Por ello, y a pesar de manifiestas incomprensiones (y, en ocasiones, de injustificados celos), debemos afirmar que Cataluña se consolida como nación de características propias, que asume conscientemente sus responsabilidades y que afronta con coraje el reto de la permanente mutación social, económica y tecnológica.

Evidentemente, el futuro inmediato debe aportar un afianzamiento de esta personalidad colectiva.

Con respecto a España, Cataluña puede y debe aportar un sentido del equilibrio y de la mesura, de la tolerancia (¡tan necesaria!) y del respeto a las peculiaridades de cada uno de los pueblos peninsulares, de la generosidad y de la altura de miras (lejos de cualquier mezquina visión egoísta).

Quizás sea demasiado pronto para formular un juicio objetivo y desapasionado sobre la transición política experimentada por nuestro país en la última década. En todo caso, no dudo en afirmar que una de las claves para su correcta comprensión, será la valoración del papel en ella jugado por Cataluña, tanto en el aspecto impulsor como en el moderador, sin el cual la vida política podría haber tomado un cariz muy otro del que configura nuestro presente.

Este decisivo componente impulsor y moderador debe ser una de las más importantes aportaciones catalanas al quehacer público estatal.

Ramón Moral Moro

(Licenciado en Derecho,
Licenciado en Ciencias
Económicas, U. C. D.)

1.

Un sentido europeo, mediterráneo y universal de la vocación de España en el mundo. Un sentido moderno, práctico y realista de la vida nacional. Un espíritu empresarial muy acusado.

Una cultura más acendrada y más europea que el resto de España.

2.

a) Cooperar en la europeización de España. Aumentar su potencialidad industrial y cultural, siendo vanguardia de España.

b) Un papel de moderador en la política española y una misión ejemplificadora en lo cultural y en lo económico.

Joaquim Muns

(Diputado al
Parlamento Europeo)

1.

Creo que es muy difícil sintetizar la aportación que Cataluña haya podido hacer a la realidad de todo el Estado español. Con esta salvedad, destacaría los siguientes elementos. En primer lugar, Cataluña ha desempeñado el papel de nexo de unión entre Europa y la Península por su mayor afinidad y comprensión de la vida y cultura transpirenaicas. Dentro del Estado es-

pañol, Cataluña ha aportado un indiscutible liderazgo económico que en muchas ocasiones ha significado su actuación como elemento dinamizador de toda la economía española. Finalmente, creo que el catalanismo y su expresión autonomista, tanto en los períodos en los que se ha plasmado en gobiernos autónomos como en los que no ha podido hacerlo, ha significado un contrapeso al centralismo y a las aspiraciones unificadoras del Gobierno central. Seguramente, a medio y largo plazo, la variedad que ello ha permitido mantener acabará constituyendo una de las mayores riquezas del Estado.

2.

Veo el presente y el futuro inmediato de Cataluña con optimismo. Creo que la transición hacia el autogobierno se está realizando dentro de un clima de concordia y, más recientemente, con un auge económico considerable. La integración en Europa ha pasado a actuar como un aliciente para la innovación y el progreso del tejido social y económico, a pesar del retraso que tienen España y concretamente Cataluña en muchos sectores. Creo que el papel de Cataluña dentro del estado español ha de ser el de demostrar lo que puede conseguir un «melting pot» (crisol) de población de distintos orígenes, aglutinada por una cultura milenaria y renaciente, con vocación de modernidad y mirando cada día más hacia una Europa unida.

Alejandro Muñoz Alonso

(Catedrático de Opinión Pública)

1. El papel y el peso de Castilla en la historia española ha obscurecido a veces el significado de Cataluña en la común trayectoria hispana. Basta, sin embargo, una consideración desapasionada de esa evolución histórica para comprender el papel central de Cataluña y de los catalanes. Ni la historia de Cataluña es inteligible sin la referencia hispana ni la historia española tiene sentido sin el componente catalán. Cataluña ha sido una especie de contrapeso indispensable en la tarea colectiva de los españoles y cuando ese influjo ha sido menor o no ha existido, las consecuencias no han sido buenas para el conjunto.

2. Cataluña va a seguir desempeñando, sin duda, la función de acicate y catalizador de los procesos españoles de desarrollo, modernización y apertura al exterior. Su vocación histórica de puente y puerta de España le asignan un papel del que no podrá zafarse. Para lograr el éxito en esa misión tendrá que conciliar la justa búsqueda y recuperación de su peculiar identidad histórica con una proyección hacia afuera, España y Europa, ámbitos en los que se encontrará a sí misma mu-

cho más plenamente que encerrándose en un estrecho nacionalismo.

Cataluña, por otra parte, puede enseñar al resto de España ciertas actitudes que escasean. Por ejemplo, en estos momentos en que se pondera la necesidad de recuperar el papel de la sociedad civil frente al poder político, Cataluña puede mostrar una sólida tradición en ese sentido; los catalanes son proclives a actuar y a tomar iniciativas sin esperar todo del Estado. Algo que sería muy bueno que se generalizara en toda España.

Joaquim Nadal Farreras

(Alcalde de Gerona)

1. La cuestión previa sería preguntarnos si en el pasado ha existido realmente una «vida española». Personalmente creo que no y que la sociedad catalana ha mantenido una vida propia muy específica.

La cultura y la lengua propias así como la definición de una Nación sin Estado están en la base de una aportación contradictoria y ambigua. Aportación basada en la tensión constante entre las aspiraciones económicas por constituir un mercado español y las aspiraciones políticas a mitad de camino entre la voluntad por participar en la política del Estado o por reforzar las

competencias soberanas y de autogobierno.⁽¹⁾

2. El presente se define por una importante reactivación económica, por un destacado renacimiento cultural y por una política autonómica entre la ambigüedad, la timidez y el localismo. Una sociedad tradicionalmente plural corre hoy el riesgo de quedar homogeneizada por una ideología dominante extraordinariamente difusa e imprecisa que acapara y patrimonializa la nacionalidad y su expresión institucional.

Cataluña debería a partir de un autogobierno fuerte, competencias claras y recursos suficientes, definir su propio papel en España basado en principios de solidaridad y colaboración.

Josep Lluís Núñez

(Presidente del Fútbol Club Barcelona)

1. Cataluña siempre fue la avanzada en la vida política, social y económica, de España: su situación geográfica, con su balcón al Mediterráneo, le dio oportunidad de vivir todos los avances que se producían en la vieja Europa.

Su economía, básicamente fundamentada en la industria, le permitió contagiarse de todos los avances que se producían en Europa

2. El presente y futuro de Cataluña podríamos afirmar que más allá de los mares.

mar que son sumamente es-peranzadores, especialmente en estos momentos en que se está preparando ya para el gran evento que serán las Olimpiadas de 1992. De todos los avances que se produzcan con tal motivo se beneficiará, sin duda, toda España.

Como siempre pionera en los avances tecnológicos que se produzcan en todo el mundo y que puedan ser adaptados a nuestro país.

Sus gobernantes, sus hombres de letras y de ciencias harán posible que Cataluña siga prosperando al nivel que prosperen los países más avanzados.

Pedro Nueno

(Profesor del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa)

1.

Innovación. Internacionalidad. Igualdad.

Cataluña ha sido avanzada en la adopción de conceptos de tipo tecnológico, empresarial, artístico, educativo y social. Muchos de estos conceptos se han difundido después hacia otras áreas de la geografía española.

Cataluña ha sido siempre un país internacionalmente abierto; muchas empresas extranjeras eligieron Cataluña hace años como lugar para su primera implantación en España. El puerto de Barcelona facilitó el desarrollo de servicios a estos contactos internacionales. Aprender idiomas fue siempre considerado clave en la

educación en Cataluña. Las enseñanzas de Comercio e incluso de Ingeniería incluyeron desde sus inicios aspectos internacionales. Las empresas catalanas se orientaron hacia la exportación desde épocas lejanas. Otras zonas del país han evolucionado hacia este modelo.

Desde hace muchos años Cataluña facilitó el desarrollo de una clase media como el estrato social más importante. Esta clase media amplia que incluye desde trabajadores cualificados hasta profesionales y pequeños empresarios ha sido el principal determinante de la evolución de Cataluña. Ni la aristocracia, ni los terratenientes, ni el proletariado han jugado papeles trascendentales en la sociedad catalana. Este tipo de sociedad parece ser el objetivo de planes de desarrollo que han sido adoptados para otras zonas en diversos proyectos políticos de distinto color a lo largo de los años.

2.

Innovación. Internacionalidad. Igualdad.

Cataluña tiene una gran vitalidad para aprovechar las épocas de vacas gordas y sobrevivir en las de vacas flacas. La crisis afectó duramente a Cataluña y su diversificado entramado económico sufrió enormemente y tuvo que arreglárselas para salir adelante con pocas ayudas. De las cenizas de muchas empresas que cayeron, sin embargo, salieron otras y las que no cayeron parecen estar fuertes. Pero los objetivos de innovación, internacionalidad e

igualdad pueden seguir buscándose. Nadie podrá decir nunca que se ha llegado al final con ellos. Por tanto yo creo que lo que ha sido durante muchos años la contribución de este país a España y a Europa coincide probablemente con lo que Cataluña seguirá aportando en el futuro.

Antoni Pladevall i Font

(Jeje de la Sección de Inventario del Patrimonio Artístico de la Generalitat de Cataluña)

1.

Si se entiende por «vida española» el intento de unificación o uniformización llevada a cabo por los soberanos de la corona de Austria y después más descaradamente por los Borbones en los distintos estados soberanos que formaban la España anterior al siglo XVI, o sea, si se asimila a «vida española» el sentido de centralismo o castellanización de dichos estados, dependientes de una misma monarquía, entonces el papel de Cataluña, forzada por las circunstancias, es el de un pueblo que, inpotente ante la superioridad numérica y política del centro, se replegó sobre sí mismo, no participó como pueblo en los sueños y empresas imperiales, añoró su antigua hegemonía, pero no se dejó abatir, sino que con trabajo y esfuerzo creó pequeñas empresas, convirtió

en campos y viñas yermos y pedregales y conservó un espíritu independiente y rei-vindicativo. Este se manifestó en la Guerra de Secesión de 1640-1652 y más tarde en la Guerra de Sucesión de 1705-1714.

Cuando las circunstancias cambiaron y España se decidió por recuperar el tiempo perdido y ponerse al ritmo del resto de estados europeos por el trabajo y la industrialización, sobre todo a partir de Carlos III, entonces los catalanes dieron ejemplo al resto de pueblos españoles de su espíritu de trabajo y de empresa. Este mismo espíritu resurgió con fuerza a mediados del siglo XIX, y hermanado con la toma colectiva de conciencia como pueblo por la «Renaixenea», ha sido el motor de una relativa prosperidad, a pesar de las adversidades políticas y económicas, que siguen dando una cierta personalidad a los catalanes dentro del mosaico presente español.

Si «vida española» la tomamos desde antes del siglo XV, entonces Cataluña ha aportado un espíritu pactista, de respeto a todos los pueblos que formaban la Confederación Catalano-aragonesa o Corona de Aragón, un espíritu emprendedor, comerciante, que pobló el Mediterráneo de consulados y dominios, creador de leyes marítimas y de comercio y abierto siempre a Europa, hacia donde se dirigió especialmente su política entre los siglos XI y XIII y a cuyo espíritu europeo no renunció hasta que la

política del centro de España le cerró este camino.

2.

La historia nos ha enseñado que España no ha respetado ni valorado a Cataluña por recelos étnicos o envidias, por querer guardar su lengua y cultura propias, y por resistirse a la uniformización antes aludida. Esto no es un complejo, en una realidad que se palpa continuamente. Por esta causa, el presente y el futuro inmediato de Cataluña lo vemos más posible de cara a Europa que mirando a España. Tal vez con algo de ingenuidad, pero confiando en el clásico sentido abierto y racional de Europa, creo que nuestro futuro tiene más posibilidades dentro de un marco europeo que estrictamente español.

Cataluña debe modernizar su industria, debe continuar en su papel de pueblo abierto y acogedor, debe ser aceptada por el resto de españoles como nosotros aceptamos a todo el mundo, pero los que vienen a Cataluña deben sentirse catalanes. Si el concepto «español» consiste en que todo el mundo hable y piense igual, es éste un concepto falso que no nos respeta y por tanto nos es extraño.

Cataluña debe continuar siendo una puerta de España hacia Europa, debe contribuir dentro del Estado español a su desenvolvimiento, pero debe recibir en proporción de lo que da y de lo que se esfuerza en las tareas comunes. Cataluña debe ser solidaria con España, pero ésta no puede olvidar a Ca-

taluña. Se tiene la impresión, y por cierto justificada, de que se da mucho más de lo que se recibe.

Sería necesario analizar y matizar todas estas afirmaciones, pero esto nos llevaría a un trabajo amplio y de tesis.

Ramón Pi

(Director de YA)

1.

Como entiendo que estas preguntas no aspiran a obtener más que respuestas breves y hasta lacónicas, diré que Cataluña, como pueblo, no aportó en el pasado a la vida española sino eso mismo; es decir, el ejemplo de cómo una colectividad tiene conciencia de serlo. Desde el cuidado con el que se hicieron las capitulaciones matrimoniales entre Fernando e Isabel, hasta la reacción de la inmensa mayoría de los catalanes de ponerse a trabajar en silencio tras el aplastamiento de 1714 como si nada hubiera ocurrido, la historia de Cataluña está jalonada de ejemplos en este sentido.

El pueblo catalán, en líneas generales, ha aportado también a la vida española una experiencia bien latina, y también por eso mismo bien hispánica: el paso del «seny» a la «rauxa», del pacífico sentido común a la rabia explosiva, casi sin transición y con consecuencias bien conocidas.

Seguramente esta visión es parcial y, si se quiere, un poco folclórica, porque en

realidad, un pueblo de varios millones de personas suministra de todo, y Cataluña no ha sido una excepción: desde patriotas insig-nes hasta «botiflers» despreciables, desde catalanistas sinceros provistos de un no menos sincero amor a España, hasta catalanistas de ocasión, pasando por catalanistas sinceramente independentistas, Cataluña ha producido prácticamente de todo. Y en esta última frase tal vez pueda resumirse cuál es la aportación peculiar, puesto que esto es lo que se pregunta: la aportación del catalanismo como eje de la vida de los catalanes.

2.

El presente de Cataluña lo veo estrechamente relacionado con el presente del resto de España, puesto que la velocidad de las comunicaciones y el intensísimo aumento de la interrelación personal no permiten pensar otra cosa. Si acaso, cabría diagnosticar una situación política y económica de Cataluña algo más esperanzadora que el resto de España, debido a la mayor tradición catalana de pequeños y medianos empresarios que han aprendido, generación tras generación, a confiar sólo en sus propias fuerzas, y todo eso adobado con un ingrediente de nacionalismo catalán hoy perceptible también en los resultados electorales.

Del futuro no me atrevo a hablar: bastante trabajo tiene el periodista con tratar de explicar el presente, para que le sea exigible adivinar

el porvenir. Por citar un solo ejemplo de predicción fallida, baste con recordar el éxito descriptible de la llamada «operación reformista», en la que los catalanistas aspiraron a desempeñar algún papel de protagonista respecto al resto de España. Yo creo que muchos catalanes, interrogados particularmente al respecto, contestarían a esta pregunta con un lacónico «que nos dejen en paz, que nos dejen ser quienes somos, que no interfieran, que ya está bien».

Jordi Porta

(Licenciado en Filosofía)

1.

Por supuesto creo que hay que abandonar de una vez los tópicos de la laboriosidad y pragmatismo de los catalanes. En Cataluña hay tantos holgazanes y tantos idealistas como en cualquier otra parte. Aunque es difícil hablar de aportaciones en un período tan largo, puede decirse que en algunas épocas Cataluña ha sido la puerta de acceso a las corrientes culturales europeas y mediterráneas y que ha creado movimientos sociales, culturales y políticos de un interés general que trascendía sus estrictos límites geográficos. Pero para ello hubiera significado una aportación a la vida española, deberían haberse dado unos canales de comunicación fluida entre Cataluña y el resto del Estado que no siempre han existido. ¿Quién conoce en España, por ejemplo, la pro-

ducción cultural —no sólo literaria— que ha usado como vehículo de expresión la lengua catalana? Y más allá de las dificultades lingüísticas se ha tenido que superar el bloqueo psicológico y político existente en ambas partes. Está por estudiar el impacto en la vida española de aportaciones que podrían considerarse más o menos genuinas de la experiencia catalana como, por ejemplo, el recuerdo constante de la pluralidad y el derecho a la diferencia, las exigencias de modernidad propias de la primera revolución industrial y la reivindicación, vieja de cinco siglos, de que España debería haber sido el resultado de un pacto entre pueblos iguales.

2.

Veo difícil que desaparezca el contencioso entre Cataluña y eso que llamamos eufemísticamente «Madrid». Para eliminar definitivamente este contencioso debería partirse del reconocimiento de la soberanía nacional de Cataluña. Ya sé que, dicho así, suena a algo utópico y desintegrador. No faltan voces que aseguran, además, que el tema de la soberanía no tiene sentido hoy en día pero resulta paradójica esta opinión cuando se expresa desde Estados que defienden encarnizadamente su soberanía, sus «intereses nacionales», frente a organismos supranacionales y frente a territorios interiores que reclaman el derecho a la autodeterminación. La única posibilidad de una Cataluña

solidaria y participativa, que acogiese sin prejuicios la enorme riqueza de la cultura castellana, que colaborase sin reservas en proyectos comunes, que interviniese activamente en el proceso de unidad europea y de solidaridad internacional, sería una Cataluña que controlase directamente sus propios recursos humanos y materiales y que tuviese, como colectivo, la plenitud de sus derechos. Como esto, después de 10 años de democracia y de «España de las autonomías», parece poco menos que imposible, como casi todos nos hemos acostumbrado a olvidar nuestras profundas aspiraciones y a expresar únicamente aquello que los demás, los «poderes fácticos y reales», nos van a permitir, parece difícil una armonía estable y duradera entre las diversas partes de la piel de toro. Mientras esta situación persista, Cataluña seguirá probablemente aportando una visión del Estado como una superestructura extraña al cuerpo vivo del país, seguirá aprovechando las posibilidades de este mini-Estado que es la Generalitat, en trance perpetuo de conseguir unas cotas de autogobierno más aceptables, y continuará promoviendo esta articulación de iniciativas sociales que ha hecho correr tantos ríos de tinta últimamente a propósito de la recuperación del concepto de sociedad civil.

Josep M.^a Puig Salellas

(Notario)

1.

Dejando de lado el hecho que me parece evidente de que la actual estructura política del Estado tiene su punto de partida en la reivindicación del nacionalismo catalán, claramente iniciada a fines del siglo -XIX, dejando de lado asimismo las aportaciones simplemente individuales, desde Juan Boscán al general Prim, para citar dos ejemplos bien distintos, tanto en el tiempo como en el oficio, creo que la aportación de Cataluña a lo que la pregunta califica de «vida española» no es relevante. Desde mi punto de vista, por tanto, no creo que exista aquella aportación peculiar e incluso, si nos atenemos, por ejemplo, al hecho cultural, es evidente que la realidad catalana, la lengua en primer lugar, ha encontrado desde hace siglos y sigue encontrando serias dificultades de aceptación en el contexto estatal.

En el fondo, esta situación no deja de ser lógica. La identificación del todo con uno solo de sus componentes, imperante desde hace tanto tiempo, comporta la marginación cultural de la periferia, cuya realidad histórica diferente es incluso excluida de los libros de texto.

Ahora bien, ¿hasta qué punto esta falta de aportación significativa no es una aportación (en algún senti-

do) al final? Es decir, hecha su constatación, aquella marginación es la explicación lógica de la sensación de incomodidad que siente un sector importante de la sociedad catalana e incluso del rechazo de un contexto que se resiste a asumir, dentro de la diversidad, una realidad que no es la dominante.

2.

El presente de Cataluña es esperanzado, lo cual no implica necesariamente que el futuro sea esperanza-dor. El planteamiento de la pregunta presupone, a mi modo de ver, la asunción de la realidad catalana con una entidad diferenciada. Si esto es así, creo que la posesión de un futuro particular pasa necesariamente y en primer lugar por la consolidación institucional, lo que, atendida la evidente neutralización por el poder central de la autonomía de 1979, lleva, sin duda, a la continuidad de la reivindicación política, que no tiene por qué ser incompatible con el progreso cultural y aun con el progreso económico. Más aún: en un sistema como el actual, en el que la intervención cultural del poder político es evidente y cuando la incidencia de este poder en la vida económica es un hecho también incuestionable, la configuración particular del futuro pasa en Cataluña por un incremento importante de su autogobierno.

No es difícil entonces indagar cuál es el papel de Cataluña en el contexto español: al igual que aquella rei-

vindicación política iniciada a fines del siglo pasado ha llevado, en 1978, a la configuración autonómica del Estado, rompiendo al menos la teoría del Estado unitario, la nueva dinámica política a la que inevitablemente, conducirá aquella neutralización autonómica habrá de implicar, a la postre, un incremento de la distribución territorial del poder, que, en definitiva, es lo que preconiza el artículo 2 de la Constitución y que, por el mismo hecho de implicar un mayor acercamiento de aquel al ciudadano, comporta en sí mismo una dinámica de democratización y, por tanto, de modernidad.

Cesáreo Rodríguez-Aguilena

(Senador por Barcelona Independiente)

1.

Su lengua y cultura propias. Su estilo de vida diferente, sus usos y costumbres. Su Derecho distinto.

Como hecho concreto próximo, su industrialización avanzada respecto al resto de España (con la excepción del País Vasco).

En el orden cultural contemporáneo, la asunción de la modernidad en las artes plásticas, que hace de Cataluña, desde fines del siglo pasado y hasta los años cincuenta, la avanzada casi en solitario de las nuevas y fér-

tiles nociones del arte de nuestro tiempo.

En el aspecto político su sentimiento democrático y tolerante, más generalizado que en el resto de España.

2.

En la actitud política predominante en la Cataluña actual hay un aspecto de moderación muy favorable para la consolidación democrática. No ocurrió así, por desgracia, durante la Segunda República. Ni ocurre hoy con igual firmeza, en otros pueblos de España.

La decidida vocación de autogobierno de Cataluña puede ser un ejemplo excelente para el desarrollo del Estado autonómico. Creo, sin embargo, que las luchas políticas internas entre los partidos mayoritarios, representativos esencialmente de la derecha y de la izquierda (CiU y el PSCO), pueden entorpecer ciertos logros, pero confío en la buena marcha ascendente del autogobierno, con moderación y con firmeza al mismo tiempo.

La propuesta federalista del PSC, asumida por el PSOE, dentro de los límites constitucionales, supone una tarea de futuro, integradora de las constructivas aspiraciones nacionalistas del pueblo catalán, en la línea de un claro sentido euro-peísta mayoritariamente asumido.

A través de estas líneas maestras del caminar político de Cataluña, su papel respecto al resto de España podrá constituirlo ese ejemplo de desarrollo y profundización en el autogobierno

dentro de nuestro estado autonómico, sin veleidades depredadoras de romperlo, caminando, de otra parte, con entusiasmo hacia la integración europea.

Alberto Ruiz Gallardón

(Secretario General de Alianza Popular)

1.

Cataluña ha desempeñado un importantísimo papel en el pasado de la vida española, siendo esta tierra pionera en numerosas facetas del saber y del hacer humanos: en la política, en la ciencia, en la técnica, en la economía y en la cultura.

Desde Cataluña se abrieron senderos a importantes transformaciones sociales y culturales y, en la actualidad, continúa su marcha hacia adelante aportando esfuerzo y solidaridad.

2.

Con profundo optimismo. Cataluña se encuentra ahora ante el difícil reto de construir y cimentar su futuro, a la medida de su tradición y a la medida de una España libre, plural y tolerante; reto al cual todos estamos convocados.

Cataluña debe seguir siendo, en el porvenir, un ejemplo aleccionador de tesón y esfuerzo ante las adversidades.

Cataluña tiene que ser una puerta abierta hacia el resto de los pueblos de España. Su mensaje, sus apor-

taciones, deben trascender a otras tierras, cimentando la esperanza del hoy y proyectándola sobre el mañana.

Tan sólo de esta manera podremos participar en un proyecto común e integrador de culturas y de tradiciones: mediante el desarrollo progresivo de los hábitos de cooperación y sincronización con Europa, que caracterizan sociológicamente los comportamientos del pueblo catalán.

Enrique Ruiz Vadillo

(Presidente de la Sala Segunda del Tribunal Supremo)

1.

Cataluña a mi juicio, ha aportado a la vida española un modo de entendimiento 'de los comportamientos personales, familiares y comunitarios en un justo equilibrio entre las legítimas tradiciones, nunca desdeñables, y la modernidad en el sentido más trascendente de la expresión. Cataluña, en la que he vivido bastantes años (Manresa, La Seo de Urgel, Puigcerdá, Tarragona) ha sido siempre la avanzadilla de España hacia Europa y con ella de los grandes ideales que hoy afortunadamente se han generalizado intensa y extensamente: libertad, democracia, tolerancia, respeto a la naturaleza, etc., expresiones todas ellas de una manera de enfrentarse con la vida, en suma de un especial talante.

2.

En estas circunstancias el presente y futuro de Cataluña tiene que ser extraordinariamente positivo. En cuanto al papel que haya de desempeñar respecto al resto de España creo que será el mismo; su envidiable posición geográfica, sus tradiciones milenarias (la primera vez que se hace mención del nombre territorial de Cataluña es, según dicen los textos, en un documento del año 1176), el saber hacer, el sentido tan específico y propio de sus ciudadanos, que conviven con personas de otras nacionalidades y procedencias sin perder su identidad, son garantía de la presencia de unos valores y de un constituirse en factor estabilizador y de progreso para el resto de España.

En todo caso he de advertir que tengo la suerte de haber vivido en distintas autonomías y provincias españolas y de este contacto cultural y físico al que sin duda debo en gran parte mi conformación espiritual, conservo un recuerdo excepcionalmente valioso para mí.

Josep M. Salrach

(Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Barcelona)

1.

En tanto que medievalista, me resulta difícil responder a esta pregunta. El pasado medieval de la Península, tal como la propia historiografía tradicio-

nal castellana nos lo ha presentado, es más bien una especie de itinerario del poder (reyes, batallas y batallas por el poder), como una marcha triunfal animada por el espíritu de Reconquista. Al cabo, toda historia de las tierras peninsulares y sus gentes sería, fundamentalmente, historia de España, y puesto que esta historiografía hacía hincapié en los hechos político-militares, hay que convenir que había una tácita aceptación de que era la historia de la construcción de España como Estado. Ningún Estado —es ya sabido— se ha construido sin violencia, y por tanto no es de extrañar que durante siglos las rivalidades entre los feudales, dirigentes de las formaciones sociales peninsulares, sean lo más impactante de esta historia. Pienso que pocas cosas pasaron en común entre los pueblos peninsulares en la Edad Media.

El concepto de vida española, que implica, no obstante, una convivencia de pueblos en suelo peninsular y un mundo de relaciones más amplio que el contacto entre cortes feudales, dirigentes de la Iglesia y mercaderes, no puede ser, para mí, más que un concepto contemporáneo. Pensando, pues, en este pasado reciente, uno imagina que Cataluña ha jugado un papel económico fundamental, como una de las locomotoras de la industrialización de España y su corolario: creación de renta y empleo y tierra de inmigración para un Estado con graves desequilibrios internos. Más allá

de la demagogia utilizada por algunos políticos, está claro, no obstante, que los desequilibrios «regionales» no son la consecuencia del enriquecimiento de unas comunidades a expensas de la pobreza de otras, sino el resultado de problemas estructurales de fondo que han lastrado tradicionalmente el desarrollo de estas comunidades y su evolución en la transición al capitalismo.

El papel de motor económico que Cataluña ha jugado en la España de los siglos XIX y XX ha tenido y tiene su lógica correspondencia en el plano cultural. A nivel cuantitativo, es conocido que Barcelona ha sido y, en gran medida, todavía es el principal centro editorial del Estado y esto es decir mucho para una ciudad que es, de algún modo, capital de la lengua catalana. Es más difícil medir el valor de la aportación cultural de Cataluña en términos cualitativos. Es ya un tópico decir que Cataluña ha estado en la vanguardia de la europeización de España y que, por su posición geográfica, ha jugado un papel renovador y de intermediario cultural en relación con la intelectualidad europea. No vamos a negar lo que es evidencia, pero sí que conviene rechazar el mito del «Titanic» y su hundimiento. Entre una producción cultural de tamaño «transatlántico», que correspondería a un país mucho más grande que el nuestro (¡no somos más que 6 millones!), y una cultura regional y folclórica, está

seguramente, la realidad de una cultura catalana que trasciende los límites, demasiado estrechos del Principado, y es respetada tanto en España como en el extranjero.

Hay por tanto una aportación económica y cultural. Quizá también se puede hablar de una aportación política y psicológica. Los catalanes, en su lucha por mantener la identidad propia y quebrar el marco rígido del Estado franquista, fueron un tiempo respetados y, diría, admirados por el conjunto de la oposición no-catalana al pasado régimen. Expresado por voces distintas, el mensaje sigue siendo en esencia el mismo: la vida en el marco del Estado sólo puede concebirse a partir de la democracia política y la expresión libre de las ideas, y puesto que la historia (lejana o cercana, poco importa) nos ha construido tal como somos, es decir, unos pueblos con fuerte personalidad y voluntad de seguir siendo nosotros mismos, no hay más remedio que perseverar en la modelación de las instituciones políticas españolas sobre la doble base de la solidaridad mutua y el respeto a las identidades propias. Léase como se quiera; se trata de una aportación y una exigencia de racionalidad a la complejidad de la vida española.

España es un paisaje lleno de contrastes. En esta pintura, al catalán, aunque le vistan de burgués, de obrero, de menestral o de campesino, le confieren siempre el papel de trabaja-

dor y, a veces, burlonamente el de ahorrador hasta la avaricia. Algunos historiadores se han esforzado en desmontar el mito de la laboriosidad del catalán. Bien está, pero persisten los hechos: uno es que en esta comunidad de comunidades (suma e interrelación) que es España, el catalán tiene su imagen y, guste o no, sirve para definirnos y contraponernos; otro es que el volumen de producción *per capita* es en Cataluña elevado, fruto, sin duda, del trabajo de los catalanes (no cabe distinguir entre el origen endógeno o exógeno de cada cual. ¿Hay alguno que pueda garantizar que sus raíces biológicas datan de la época de los orígenes de Cataluña?).

2.

Con preocupación y esperanza. La comunidad catalana corrió el riesgo de perder su identidad ante la ofensiva anticatalana que el régimen de Franco mantuvo con violencia desigual. Al cabo, de algún modo, la presión contribuyó a modelar la personalidad catalana en la lucha, la resistencia y el afán de sobrevivir. Es más, ante aquel régimen, problema nacional y problema social confluyeron para ofrecer un frente común. A la postre, el franquismo obtuvo un resultado contrario al esperado: los catalanes transformaban la derrota en victoria afirmando por múltiples caminos su identidad. Por eso cuando todavía hoy un catalán afirma que no somos Estado no expresa tanto

una idea de derecho político como una vivencia histórica que sólo un prolongado ejercicio democrático podrá hacer olvidar. En los últimos años del régimen, el fenómeno llegaba a la calle, aunando catalanes de distinta condición y distintas raíces, y se transformaba en un problema imposible de resolver por los métodos violentos tradicionales. Con la llegada de la democracia y las opciones políticas se ha demostrado la excepcionalidad de aquella unión, y han aflorado a la superficie problemas de fondo que los planteamientos de carácter nacionalista, por sí mismos, no pueden resolver: reivindicaciones sociales, prioridades en la gestión de los recursos colectivos, alcance del concepto autonomía, etc. En resumen, cuestión nacional y cuestión social ya no van al unísono, y la sociedad postindustrial y urbana tiene ante sí problemas que exigen soluciones nuevas para las que no sirve el recuerdo nostálgico del pasado.

El catalán debe poder vivir sin complejos frente a sí mismo y frente al conjunto de la comunidad española e internacional, para ello ha de poder afirmar en todas partes, si así lo quiere, su doble condición de catalán por la nacionalidad y de español por el Estado. En la medida en que esta dualidad enriquecedora sea aceptada, no solo políticamente, sino sobre todo a nivel de mentalidad colectiva, la vida española, asentada sobre bases firmes, podrá orientarse mejor hacia el fu-

turo. Para ello hay que evitar la tentación fácil del doble lenguaje —uno en Madrid, otro en Barcelona—, lo cual sólo es posible si, por la otra parte, se olvidan las prácticas inquisitoriales y el pesaje de los sentimientos. Al cabo, se puede convenir que todo nacionalismo es fórmula política —aunque más primaria que otras—, ofensiva o defensiva, capaz de grandes cosas y de no menores barbaridades, según las circunstancias —a la historia me remito—, cuyo objetivo final deseable sería la desaparición porque la organización de la vida colectiva sea tal que le ha quitado su razón de ser. En este horizonte utópico quedaría algo que es más interno y popular: el sentimiento de identidad, a veces llamado patriótico, que es más auténtico, menos artificial y, por ello, más duradero.

Uno no ignora, no obstante, las transformaciones rápidas de nuestra era que permiten imaginar un futuro muy distinto del actual, con cambios radicales, no solo a nivel económico y social sino también cultural, lingüístico y mental. La historia está hecha de rupturas y continuidades y en este cambio constante no hay realidades eternas, aunque nuestra voluntad sea muchas veces eternizarlas. En este caminar, sin ninguna duda, las próximas generaciones de catalanes habrán de perder elementos de su identidad tradicional, adaptarán otros y crearán nuevas definiciones. Es posible que a la intelectuali-

dad le corresponda aportar elementos de racionalidad al proceso, contribuir a distender la vida colectiva y hacer menos traumáticas las mutaciones. En este reparto de papeles, que imagino, el intelectual, sin dejar de ser utópico y optimista, debe explicar que muy poco de lo que nos rodea es trascendente y que ya ha pasado la época en que nos hacían estudiar la Formación del Espíritu Nacional y situaban en los altares los conceptos de esta asignatura. Sería absurdo que ahora los catalanes cayéramos en el mismo error. A veces da la impresión que en nuestro mundo contemporáneo, que ha perdido a Dios, se quiere colocar a la Patria, la Nación y el Estado en su lugar, pero no todo lo real es racional. Lo «sagrado laico» es, de algún modo, un culto sin esperanza y esto hay que decirlo, porque se basa en realidades humanas que, por su misma esencia, son perecederas. Por tanto, este «sagrado laico», con su bagaje de imágenes, conceptos y sentimientos, debe descender de los altares y sólo valorarse en la medida en que nos ayuda a llevar la existencia. No hay, por mi parte, ninguna voluntad de desarmar idiológicamente al nacionalismo (catalán o español) y, menos todavía, atentar contra la textura mental y vivencial de nuestro ser colectivo, simplemente desdramatizar, relativizar, porque la historia peninsular, aunque nos la hayan presentado unos y otros como la de un duelo permanente, uno se resiste

a aceptarlo y piensa que, al menos, el futuro discurrirá por otros cauces.

En resumen, me gustaría que el catalán se enfrentara al futuro con cierto aire des-mitificador, con capacidad de crítica y cierto sentido del humor. También, claro está, conservando o salvando del pasado lo que le convenga y, sobre todo, construyendo lo necesario. Si el resto de comunidades que forman el Estado, acepta al catalán en toda su complejidad y se articulan (o siguen articulándose) las fórmulas institucionales para que la sociedad catalana desarrolle sin complejos todas sus potencialidades, la vida española se enriquecerá y España ofrecerá a sus vecinos la imagen de un Estado donde la solidaridad es más fuerte y útil que el centralismo.

Juan Antonio Samaranch

(Presidente del Comité Olímpico Internacional)

1.

España es la amalgama de pueblos muy diversos. Cada uno tiene su personalidad, su tradición, su manera de ser y este es el caso de Cataluña.

Creo que Cataluña ha dado y también ha recibido mucho del resto de las regiones españolas.

2.

Veo una Cataluña fuerte y actuando de puerta abierta de par en par, de España hacia Europa.

Durante los próximos años, nuestro país seguirá siendo el atractivo número 1 de los que quieran invertir en Europa y, a Cataluña, le corresponderá una gran parte y responsabilidad en este gigante paso adelante que dará, sin duda alguna, nuestro país.

José Luis Sanchís Armellas

(Presidente de Mediatique)

1.

España es una nación llena de peculiaridades, de ahí su originalidad y encanto, como resultado lógico de la rica y variada personalidad de las partes que la componen. Por consiguiente, lo justo sería hablar, como lo hacían nuestros clásicos, de «las Españas». En este sentido, dentro de «las Españas», Cataluña, sin cuya múltiple y permanente contribución a nuestra historia común no se concebiría la realidad de España a lo largo de tantos siglos —empezando por su propia participación en el proceso de la reconquista y por sus gestas de todo orden en el ámbito del Mediterráneo— aporta al acervo secular hispano una serie de características vitales y sociales bien definidas. Ante todo, el famoso y controvertido *seny*; la exaltación del trabajo creador; el espíritu de continuidad; la sensibilidad humana y estética; y, «last but not least», el

sentido del compromiso o «pactismo», tan denostado por algunos y tan echado en falta por otros, especialmente en los momentos decisivos de nuestra vida política, cuando el radicalismo rampante ha conducido a la confrontación violenta y a la guerra civil.

2.

De acuerdo con su peso específico dentro del conjunto nacional, Cataluña debe desempeñar, ahora y en el futuro, un papel de primer orden en la articulación de la vida pública española, en todos los ámbitos. Esto es tanto más apremiante e inexcusable a estas alturas, en virtud de la reorganización del poder en el seno del Estado y de la incorporación de España a la Comunidad Económica Europea. Como decía Josep Pía, en 1966, «España es un país que está todavía en formación. Probablemente nos encontramos en el comienzo de su historia».

Este es, pues, el momento oportuno, no para desandar la historia, sino para corregir viejos errores —centralismo, uniformismo, separatismo, etc.— que tan caro nos han costado. Estamos en una coyuntura favorable y, afortunadamente, se han puesto las bases institucionales para establecer una nueva relación entre todos nuestros pueblos. En esta aventura nueva, que paradójicamente revive antiguas empresas comunes, Cataluña debe ir en vanguardia. Como dijo el gran Cambó en un discurso memorable ante el Congreso de la II República (30-11-1934):

«Todo el problema, señores Diputados, frente a la cuestión catalana, es ver si aceptamos o no que haya una realidad catalana... Todo el problema está en si la realidad catalana es compatible, no ya con la realidad española, sino con la mayor grandeza de España. Y yo os digo que no sólo es compatible, sino que es consustancial; que yo no comprendo la grandeza de España sin la acentuación de una realidad catalana que aporte al pensamiento general español el esfuerzo de nuestra individualidad».

Eduardo Sotillos

(Director de Radio Nacional de España)

1.

El pasado abarca demasiado espacio histórico incluso cuando se trata de establecer la aportación de Cataluña a la vida española. Discernirlo en líneas esenciales o desde detalles significativos, es una tarea arriesgada que suelen cumplir los historiadores en un amplio abanico de interpretaciones que casi siempre son verosímiles aunque, en ciertos casos, se producen desde linderos ideológicos bastante trillados.

Desde un punto de vista personal —y por ello limitado— creo que una aportación peculiar de Cataluña a la vida española ha sido elaborar, de manera gradual y coherente, la idea de frontera. La frontera a que me refiero son los Pirineos, que

a los catalanes ha servido para poder entender siempre cuándo se encuentran dentro o fuera de su realidad. Y se encuentran fuera precisamente cuando atraviesan los Pirineos. No ocurre lo mismo cuando miran hacia adentro: entonces su realidad no acaba en su territorio sino que se extiende hacia el conjunto peninsular sin que a nadie se le ocurra establecer «líneas divisorias». Esta noción de frontera que hacia los Pirineos nos incluye a todos coexiste con un sentido de variedad, e incluso de intranquilidad, que constituye la suma de los valores hispanos.

Por lo demás las fronteras y los ríos o los puentes unen o separan. Todo dependerá de la voluntad de traspasarlos o del empeño de los demás en cerrar el paso. Para los catalanes la frontera es sólo un camino complicado. Al resto de los españoles les han enseñado a frecuentarlo y ya es hora de que todos aprendamos itinerarios más amplios.

2.

El futuro de Cataluña hay que contemplarlo desde un enfoque geográfico. Las tierras milenarias de Cataluña deberían contemplarse como la cabeza de puente de España hacia Europa; En nuestro tiempo no es excesivamente útil teorizar sobre lo que hubiera podido ser la historia de España si los acontecimientos hubieran sido distintos de lo que fueron. No cabe la recomposición de las utopías por mucho que coincidan con nuestros senti-

mientos. De lo que ahora se trata, sin desdeñar el pasado, es de construir el futuro. Y en este empeño de todos, Cataluña tiene conciencia de que su porvenir está ligado al de todas las autonomías del Estado español y que la concordia es la llave maestra que abre nuestro porvenir. Sirviendo los intereses de España, Cataluña trabaja por su propia grandeza. Por lo demás, las peculiaridades y las identidades, la diversidad y las diferencias no tienen que ser razón para la discordia, sino estímulo para un mundo español que se enriquece al margen de la monotonía y que se define desde perspectivas renovadas que encuentran razones para coexistir y renovarse. La voluntad política, conjugada con el presente, debe dar razón y sentido a la historia.

Federico Udina Martorell

(Profesor Emérito de la Universidad Autónoma de Barcelona)

Sin duda, Cataluña ha llevado a cabo alguna aportación a la vida española a través de este último milenio. Pueden considerarse, pues, algunos aspectos:

a) A lo que acertadamente se ha denominado la «empresa imprescriptible de la Cristiandad Española», Cataluña aportó su colaboración, y en algunos ca-

sos extraordinaria, como en la batalla de las Navas o en la reconquista de Murcia y entrega del reino a Castilla; empresa esta última, al decir de Jaime I en su Crónica, que debía llevarse a cabo «per salvar Espanya». El concepto de España es muy claro en dicho monarca.

b) Cataluña ha constituido, en momentos cruciales, un verdadero pasillo entre el resto de España y el resto de Europa; de manera especial en los cuatro primeros siglos de la reconquista (siglos VIII-XI); este pasillo adquirió especialmente un carácter comercial (caravanas que cruzaban en los dos sentidos) y cultural (la endósmosis de la cultura científica árabe por los monjes de Ripoll, que, a su vez, la vertieron sobre Europa: el caso de Cerbero, luego Silvestre II). En todo tiempo —y desde luego desde los tiempos de la Alta Edad Media—, Cataluña ha sido la ventana de España abierta a Europa y por donde han entrado las corrientes más abiertas del continente.

c) La expansión de la Corona de Aragón, iniciada por Cataluña antes de la reconquista de Mallorca, llevada a cabo principalmente por catalanes fue, en cierto modo, el inicio de lo que

luego será el Imperio Español de los Austrias: el dominio catalano-aragonés sobre Sicilia y Cerdeña primero y, luego sobre Nápoles, pasando luego al Milanesado, constituyeron los primeros jalones de aquel Imperio.

d) A través de la Corona de Aragón, con su formación, se aglutinaron tres soberanías (Cataluña, Aragón y Valencia), lo cual facilitó sin duda la tendencia hacia la unidad política peninsular.

e) A la vez se ofreció a la España de la Edad Moderna un modelo de tipo «federativo» con la monarquía de unión personal que adoptaron los Reyes Católicos y que continuaron los monarcas de la Casa de Austria. En sentido contrario, Cataluña, con ello, impidió la conversión de una monarquía moderna de acuerdo con los siglos XVI y XVII, de carácter absolutista...

f) En épocas más recientes a nosotros, Cataluña ha incidido en un movimiento anticeutralista de España, que cuajó en las Constituciones de 1931 y 1978.

g) La lengua catalana ha constituido, sin duda, una riqueza al lado de la lengua castellana, con su brillante literatura. Ello ha contribuido a que la producción literaria, no sólo en lengua ca-

talana, como es natural, sino en la castellana, fuese muy importante cuantitativa y cualitativamente, desde el punto de vista editorial, el número de publicaciones en la capital catalana, casi iguala a la del resto de España.

h) Desde el punto de vista religioso, Cataluña ha sido en algunos momentos punta de lanza de nuevas corrientes: lo fue desde el punto de vista litúrgico, a partir del Congreso litúrgico de Montserrat de 1915 y luego con este mismo carácter y en general a partir del Concilio Vaticano II.

1.

Así se ha contribuido, por otra parte, a que renombrados artistas catalanes hayan enaltecido el nombre de España en todo el mundo: Gaudí, Sert, Miró, Dalí (y Picasso, por su vinculación con Cataluña).

2.

Instituciones catalanas, como el Consulado de Mar, que fue adoptado en los puertos castellanos en plena Edad Moderna. Asimismo el Virreinato y el Gobernador General, aludido por Colón en las célebres Capitulaciones (cargos de origen catalán), y extendido aquél en el Nuevo Mundo.